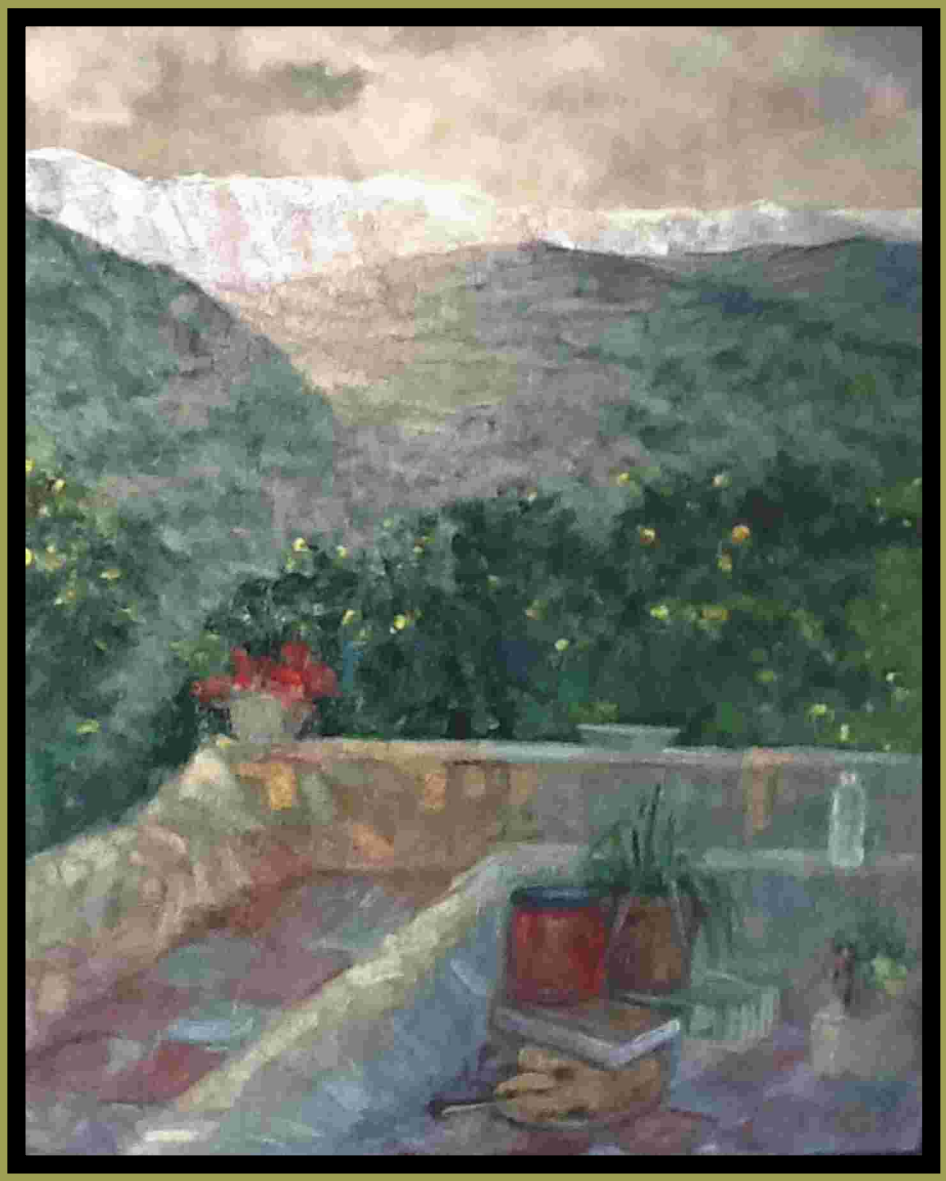
AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA



Con la colaboración pictórica de Javier Rueda, prestigioso artista leonés afincado en Alicante.

Asociación Cultural AUCA de las Letras
Revista Cuatrimestral

Nº 30 - Marzo 2014

AUCA

© De los textos, los autores

Coordinación : Manuel Parra Pozuelo

Consejo de Redacción : Mª Rosario Mohinelo, Manuel Parra Pozuelo y Juan Vicedo Sánchez

Consejo asesor : Adolfo Celdrán, Mª Isabel Pintos, Trinitario Rodríguez, Julia Díaz Climent, Mercedes Rodríguez, Ricardo Pérez, Lucía Espín Martínez, Francisco Alonso Ruiz Pérez,

Colaboradores : Miguel A. Pérez-Oca, Gloria Lafuente, Concha Lagos, Conchi Galindo, Josefina Campo, Maritza López-Lasso, Alejandra Hernández, Pilar de Juan, Mª Julia San Juan, Geles Soria, Juan José Alcolea, José Manuel Mojica, Mar Celdrán, Antonia Cuenca, Francisco José Vargas, Agustín Conchilla, Diego Zambrano, Elena Fraile.

Maquetación : Mercedes Rodríguez
Diseño de portada : Francisco Javier Fernández
Delegada de Ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697-9877

Ilustración de la portada : *Valparaiso-Vega de Granada* de Javier Rueda

Imprime : Gráficas Cervantes, C.B.

Colaboraciones y Correspondencia:
c/Gravina, 4 -Centro Loyola-. 03002-ALICANTE
mparra@postalvia.com
ahmati52@gmail.com

Las personas interesadas en posibles colaboraciones, deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a la dirección y en el formato que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores

ÍNDICE

	AUTOR	pág
Presentación	Mª Rosario Mohinelo	2
Ciudad sin tiempo	Francisco Alonso Ruiz	3
Todo es un sueño	Lucía Espín	3
A la memoria de Enrique Cerdán Tato	Julia Díaz Climent	4
Soledad novena. Soledad de las mujeres	Juan Vicedo	5
Muy cerca de la estrella Glub 67	Miguel Angel Pérez-Oca	7
Requiem para Willi	Ricardo Pérez	8
A veces pasa / Tu mirada	Adolfo Celdrán / Gloria Lafuente	9
Relatos de Oychó, el jardín flotante	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	10
Me pesan los años como el plomo	Lucía Espín	15
Todo empezó con la Tierra	Julia Díaz Climent	16
Imágenes nocturnas 3 (Lluna)	Francisco Alonso Ruiz	17
El retrato mágico	Adolfo Celdrán	18
Estoy tan cansado	Ricardo Pérez	19
Los intocables tocados	Trinitario Rodríguez	20
Cuadernillo de JAVIER RUEDA	Varios autores	21
Cementerio de cumbre	Concha Lagos	32
En un modo sentimental / La trama	Ricardo Pérez / Airam Lebasi	33
Resucitar tendida en la ceniza	Julia Díaz Climent	34
El trece ya pasó, el catorce llega	Manuel Parra Pozuelo	34
Himnos muertos	Conchi Galindo	35
Justa venganza	Josefina Campo Rodríguez	36
Aguacero lunar	Alejandra Hernández Valido	37
De la sombra / El tren	Francisco Alonso Ruiz/Maritza López-Lasso	39
Carta a un desconocida	Mª Rosario Mohinelo	40
Duele	Antonia Cuenca Piqueres	42
Siempre el poema / Patrona de mi pueblo	Francisco Alonso Ruiz / Lucía Espín	43
Buscando el camino	Airam Lebasi	44
Sueño de hojas caducas	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	45
Pérdida y redención	Adolfo Celdrán	46
Tierra de promisión	Juan Vicedo	47
Tabarca	Mª Rosario Mohinelo	48
El Andaluz	Pilar de Jun	49
Esa mirada inquietante	Geles Soria	50
Simplemente (I y II)	Adolfo Celdrán	51
Escrito al borde de un instante	Manuel Parra Pozuelo	52
Desde un rincón de la memoria	Juan José Alcolea	52
The lights by the river (Luces en el río)	Mar Celdrán Louis	53
Mis primeros pasos maestra nacional	Airam Lebasi	54
Arullo / Los que no tienen memoria	María Julia San Juan / Trinitario Rodríguez	55
Pequeña Flor / Perversa	Francisco José Vargas Capilla	56
La Gata Bengalí	Agustín Conchilla	57
Saludo / Pequeño memorial para una academia	Diego Zambrano / JuanVicedo	59
Homenaje a Paco de Lucía	Francisco Alonso Ruiz	60
Recordando a Blas de Otero	Adolfo Celdrán	61
Andalucía	Trinitario Rodríguez	62
Después del cáliz	Mercedes Rodríguez Gª-Olías	64
Miguel Hdez, Juan Mederos y Vicente Aleixandre...	Manuel Parra Pozuelo	65
Noticias Aucanas	Varios autores	67
De yo a tú. Para Nosotros	Elena Fraile Martínez	68

PRESENTACIÓN

La *revista* que hoy les ofrecemos hace el número 30 de las publicadas por AUCA a lo largo de su andadura; esperamos que sea del agrado de Vds. tanto o más que los 29 números anteriores.

Como es habitual en nuestras revistas, nuestros colaboradores disponen de un espacio donde publicar sus trabajos, sean poemas o prosas. Comenzamos citando a los poetas: *Diego* Zambrano, nos ha enviado su poema "Saludo";. Gloria Lafuente Megías nos ofrece "Tu mirada"; Concha Lagos, "Cementerio en la cumbre"; Conchi Galindo, "Himnos muertos"; Alejandra Hernández Valido, "Aguacero lunar". Es de Maritza López-Lasso el poema "El tren"; de Antonia Cuenca Piqueres, "Duele"; de Pilar de Juan, "Andaluz"; Francisco José Vargas Capilla, nos ofrece su poema "Perversa". Juan José Alcolea Jiménez, "Desde un rincón de la memoria"; Mar Celdrán Louis, su poema -en inglés y castellano- "Luces en el río"; es de Mª Julia San Juan el poema "Arrullo" y de José Manuel Mogica, "Pequeña Flor". Damos la bienvenida desde el Rincón del artista Cachorro a Elena Fraile, que nos ha enviado su poema "De yo a tú. Para nosotros", y a quien deseamos muchos años de dicha literaria.

Nuestros colaboradores nos han enviado, también, sus narraciones. La de Miguel Ángel Pérez- Oca, titulada "Muy cerca de la estrella Club 67, nos cuenta el viaje interestelar de unos extraterrestres. Josefina Campos, en su trabajo "Justa venganza", una historia con final sorprenderte. "Esa mirada inquietante", es el título del trabajo de Geles Soria, quien confiesa tener miedo de caer rendida ante una mirada. Agustín Conchilla en "La gata Bengalí", nos habla de los sucesos acaecidos en un pueblo desconocido y de los cotilleos de la tía Pepa y la Peinaburras.

Los relatos de nuestros compañeros de AUCA son: "Ciudad sin tiempo", de Francisco Alonso Ruiz que nos explica lo que sucedió en su ciudad cuando desapareció el tiempo. "Relatos de Oychó,El jardín florante" está pleno de recuerdos juveniles de Mercedes Rodríguez, en los que destaca su amor a la naturaleza y a los animales. En "El retrato mágico", Adolfo Celdrán, nos habla de espejos y retratos maravillosos; en "Pérdida y redención" argumenta una hipótesis sobre la relación del hombre y Javeh y "En recordando a Blas de Otero", comenta su relación con el poeta. "La trama", de Airam Lebasi, destaca ese instante fugaz que separa la vida de la muerte; en "Mis primeros pasos como maestra nacional", evoca aquella época en la que se sintió muy querida. "Carta a una desconocida" de María Rosario Mohinelo, trata de recuperar la memoria de unos años lejanos. "Miguel Hernández, Juan Mederos y Vicente Aleixandre, en una edición de Eugenio Padorno", es el título del artículo de Manuel Parra Pozuelo en el que destaca la relación de los poetas canarios con Miguel Hernández en cuyos trabajos son frecuentes las elogiosas referencias a la vida y la obra de Miguel desde 1946.

También publicamos los poemas de nuestros compañeros: "Todo es un sueño", "Me pesan los años como plomo" y "Patrona de mi pueblo" de Lucía Espín; "Todo empezó con la tierra", "Resucitar tendida en la ceniza" y "A la memoria de Enrique Cerdán Tato" de Julia Díaz Climent; "Soledad novena. Soledad de las mujeres", "Tierra de promisión" y "Pequeño memorial para una academia", de Juan Vicedo; "A veces pasa", y "Simplemente" de Adolfo Celdrán"; "Imágenes nocturnas (3) La luna", "De la sombra", "Siempre el poema" y "Homenaje a Paco de Lucía" de Francisco Alonso Ruiz; "Los intocables tocados", "Los que no tienen memoria" y "Andalucía" de Trinitario Rodríguez; "Buscando el camino", de Airam Lebasi; "Sueño de hojas caducas" y "Después del cáliz", de Mercedes Rodríguez Gª-Olías; "Tabarca", de M.R. Mohinelo; "El trece ya pasó, el catorce llega " y "Escrito al borde de un instante" de Manuel Parra Pozuelo; "Requiem para Willi, "En un modo sentimental" y "Estoy tan cansado" de Ricardo Pérez.

Dedicamos el cuadernillo central de nuestra revista, a homenajear al pintor leones afincado en Alicante, Javier Rueda, de quien dijo Gerardo Diego: *su pintura es la expresión poética del sentimiento humano.* El artista confiesa su amor por Granada y la obra de Federico García Lorca: *Suelo unir mucho la pintura con la literatura y pinto pensando en poemas que me inspiran.* También han inspirado los cuadros de Javier Rueda a los compañeros aucanos para expresar en unas líneas los sentimientos que ha despertado en ellos su contemplación.

María Rosario Mohinelo

CIUDAD SIN TIEMPO

No es que la gente tuviera más prisa que la prisa de siempre. No es como cuando se dice “no tengo tiempo de nada” o “voy muy mal de tiempo”, o frases parecidas. Perdonen, no me he presentado aún: me llamo Bonifacio Ruiz, y soy cronista municipal de mi ciudad. No les digo el nombre de mi ciudad porque el alcalde me lo ha prohibido; ya nos hizo mucho daño esto que voy a contar.

Porque no es que corriéramos mucho y fuéramos más deprisa a nuestra ocupaciones. Lo que ocurrió es que un día -y sólo en esta ciudad- nos quedamos sin Tiempo.

He escrito tiempo con mayúscula porque eso fue lo que sucedió; que nos quedamos sin tiempo, que el tiempo como tal desapareció y no hubo más, no estaba, se fue.

Aquel día que les digo:

1º: Los relojes se pararon todos a la vez. Hasta el reloj de la torre del Ayuntamiento dejó de moverse y girar, y a determinada hora quedó inmóvil.

2º): El olvido y la desmemoria y la amnesia cubrieron calles y casas y personas.

3º) Al no haber tiempo el niño que iba a nacer no nació; la cita de amor o negocio no se celebró.

Los calendarios de pared se quedaron sin cifras y sin letras. La gente se inmovilizó en las esquinas, porque hasta andar y hablar y sonreir o gritar implica que exista tiempo. Francisco Alonso Ruiz, que estaba escribiendo ese día este cuento, no lo pudo acabar.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

Todo es un sueño

Fue extraño lo de aquel curioso amigo
que desde antaño anduvimos por las calles,
crecí y jugué con él al no te calles
y ahora sus recuerdos van conmigo.

La gente murmuraba, y no consigo
con certeza, saber con más detalles
por qué perdióse el joven entre valles,
o tan sólo he soñado cuanto digo.

No he perdido mi tiempo tan valioso
y quisiera jugar al no te calles
y escribir lo que pienso sin desdeño.

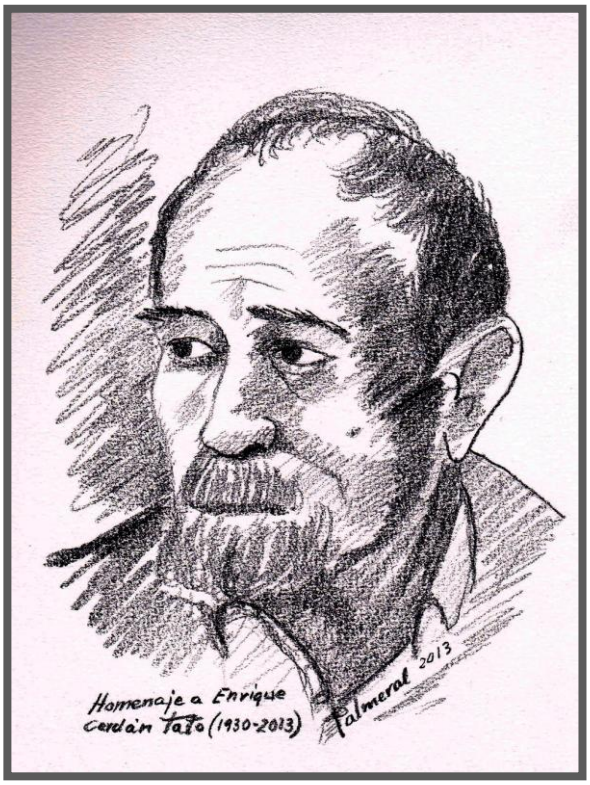
No fue amigo, ni extraño, ni curioso,
ni anduve con él nunca por las calles,
ni joven, ni verdad, todo es un sueño.

Lucía Espín

A la memoria de Enrique Cerdán Tato

Pronunciarte en el viento
abrazada a tu voz
blandiendo tu esperanza
el cetro combativo
que fue siempre tu boca
la irreductible atalaya
por donde ascendía el hombre acribillado
y las mujeres rotas.
Ya no es posible morir
querido hermano
ya no es posible la muerte
tú lo sabes, todos lo sabemos
lo sabías mientras resucitabas a los muertos del bombardeo
mientras sacabas a los condenados a muerte
del foso inmoral de las cunetas
mientras nombrabas al hombre y señalabas la bestia
No es posible morir si el verbo ha florecido
si se hirió con el mundo
y permaneció a su lado
si en medio del dolor levantó el puño
y convocó con su voz a la tormenta.
Ya no es posible morir, Enrique, compañero
la humanidad te abrazó y en su latido
sigue tu voz feroz de enamorado
tu esperanza en el hombre
donde vives aún y donde vivo.

Julia Díaz Climent



RETRATO, *de Ramón Palmeral*

Soledad novena. Soledad de las mujeres.

Doy gracias a los dioses por no haber nacido mujer, por haber nacido hombre y por haber nacido griego.
Pensamiento atribuido a uno de los grandes trágicos griegos.

Las mujeres padecen el viento,
no la lluvia, no el agua de lluvia,
que podría fecundarlas y darles otra vez
la alegría de la copulación. Están sentadas
mirando las palomas de las plazas, que cierran
sus ojos ante la fuerza del viento.
Querrían las mujeres perder su virginidad,
encontrarse bajo la lluvia con un hombre recio,
con un hombre fuerte en su mirada,
capaz por sí solo de llegar a la consumación.
Les gustaría verse desnudas, estar desnudas
junto al fuego que ahora brilla encendido,
que ahora ilumina la estancia
donde se hacen sus confidencias
y se dicen: Tú y yo queremos agua de lluvia,
nubes de lluvia en los párpados,
agua y agua en los senos.
Y es posible que la voz de la tormenta
descargue sobre ellas el agua que necesitan,
agua y agua que piden desde su soledad.

Los principios de las ciudades grandes
son modestos y pasan desapercibidos
para los cronistas. Ignoran el puente de barcas,
el oratorio de madera sobre el monte,
la casamata porticada en el lugar más bajo
de la frontera. Se fijan ellos en las gestas de los reyes,
en el ruido sin ritmo del tambor, en la llegada
del primer galeón a puerto. Y así dicen
que las calles ahora trazadas como con tiralíneas
son el fruto del saber de los sabios, que los grandes edificios
fueron levantados con la plomada,
que el arco de la Chancillería fue erigido
por arquitectos venidos de Provenza.
Sin embargo, todo se hizo aquí, con el saber de aquí.
El gran salón de la Biblioteca, vedado para siempre
al pueblo, fue construido por albañiles necios,
que gastaban su oro en la taberna.
En la Plaza de la Estrella trabajaron
multitudes de campesinos, que se herían las manos,
que dejaban su sangre sobre la roca, que vivieron
alejados de sus esposas más allá del tiempo previsto.

En la Plaza de la Lealtad, junto al Museo de las Artes,
yacen enterrados los cuerpos de los próceres más nobles,
que nunca estuvieron en territorio de Ultramar,
que jamás abandonaron su mayorazgo. ¡Agua y agua
en estas plazas, con bellos surtidores a la italiana,
con bellos juegos de agua en el atardecer de agosto!

La Maga, casi oculto su bigote bajo los afeites,
mira las manos de piedra y roca, mira los vuelos en el aire
de las aves, que no anuncian lluvia
en esta soledad novena. Con el horizonte
abierto hacia el crepúsculo de diciembre,
son más breves las horas de sol, pero la noche
no alumbra el agua esperada,
que necesita el campo de trigales,
que anhela también el cuerpo de las mujeres.
Como si no hubiera salvación, el tronco de los abetos
gime ahora porque sus raíces están sedientas,
encerradas simplemente en el suelo. Nadie
apuesta su soldada ante el anuncio de lluvia,
porque ya son moradores del silencio y los augures
han olvidado sus prácticas benéficas. Ven el frío,
y sienten el miedo de los desiertos.
Si alguno se levanta a deshora, las manos de la Maga
cierran sus ojos, que son ya piedra bajo la piedra.
Sólo los marineros saben su huida y lanzan al mar
esquifes, los ligeros trirremes, las naves arboladas
que burlan a la Maga, que saben más que ella de la muerte.

Mirados en la desolación, alimentados en la desolación
de cada día nuevo, nos unimos a las mujeres en su llanto
y esperamos como ellas el agua en las calles,
la lluvia en los pulmones, como esperan ellas
agua y agua sobre sus senos. Sería suficiente
el ala breve y corta de la tormenta, el peso de la lluvia
sobre el arco de la Chancillería; pero se nos ha negado
este pequeño placer y las aves van ciegas,
impulsadas por el viento del desierto
hacia el calvario sin brillo de la desesperanza.

Juan Vicedo

MUY CERCA DE LA ESTRELLA GLUB 67

Gloto Glap y Bloti Blup flotaban dulcemente en el interior líquido de su nave.

-Ahí la tenemos, esa es la estrella Glub 67… –burbujeó Gloto Glap, acariciándose la branquia izquierda con uno de sus tentáculos prensiles–. Y ese puntito de ahí es el planeta que vamos a inspeccionar. Es muy pequeñín, pero contiene vida.

-¿Y dices que los nativos inteligentes de ese mundo enano llaman a su planeta "Tierra" y a su estrella "Sol"? Qué nombres tan raros. Son casi imposibles de burbujear. –observó Bloti Blup, parpadeando con sus tres ojos facetados.

-Es que ellos no burbujean. Se comunican por medio de sonidos.

-¿Quieres decir que hacen vibrar el agua con su orificio burbujeador?

-No, ellos hacen vibrar el aire con su orificio hablador.

-¿Vibrar el aire? ¿Es que son seres de la superficie? ¿Y cómo flotan en el aire?

-Es que no flotan. Son seres rígidos y pesados, con estructuras óseas interiores y unas extremidades articuladas que les permiten desplazarse sobre el suelo rocoso.

-¿Rígidos y articulados? ¡Qué asco! ¡Qué repugnancia! – Y Bloti Blup dirigió a su compañera de viaje una mirada triple e inquisitiva- ¿Y cómo sabes todo eso?

-Porque durante mi guardia de esta noche, mientras tú dormías, he captado una emisión de ondas electromagnéticas procedentes de ese planeta extraño… Se trataba de imágenes y sonidos codificados que he conseguido grabar y descifrar. Pero no sé si es conveniente que te los muestre… Como eres tan sensible...

-Muéstramelos y déjate de remilgos – burbujeó Bloti Blup, impaciente.

-Es que creo que no estás preparado para algo tan asqueroso. Yo solo he podido soportar unos minutos de emisión antes de que se me revolvieran las tripas.

-Muéstramelos, anda… -insistió Bloti Blup mientras presionaba suavemente el apéndice caudal de Gloto Glap con sus protuberancias pedunculares. Sabía que ella no se resistiría a sus insinuantes caricias.

-Bueno… Bueno, pero te lo advierto, no sé si lo podrás resistir…

Y en la pantalla aparecieron varios seres de estructura vertical y unos extraños filamentos sobre el apéndice superior, donde parecían residir los órganos sensitivos.

-¡Qué asco! ¿Y no tienen nódulos magnéticos ni redes dimensionales?

-Pues, por lo visto, no.

-Pobrecillos, con esas carencias no se enterarán de nada -caviló Bloti Blup-. Y solo pueden ver con esos dos ojos pequeñitos, ¿verdad...? Pero, ¿qué están haciendo?

-Uno habla y los otros escuchan. He ordenado a la computadora que nos vaya traduciendo sus palabras; así que prepárate, que ahora viene lo bueno...

Los monstruos terrícolas atendían a uno de ellos, que movía su orificio hablador para decir: "Y si no nos conformamos con un servicio de Salud más barato, subirá la prima de riesgo, bajará la bolsa y nadie comprará nuestros bonos..." y los otros expresaban su conformidad con corteses movimientos de sus apéndices superiores.

-Los bonos son papeles con un valor simbólico convenido- aclaró el ordenador.

Después surgieron unos caracteres que, según el programa traductor, significaban: "PAQUIRRÍN SE HA RECONCILIADO CON SU NOVIA…", y que dieron paso a un nutrido grupo de seres rígidos y verticales que hablaban todos a la vez, muy excitados, y gesticulaban frenéticamente con sus brazos articulados.

-¡Aaaah, qué estupidez! No lo puedo soportar. ¿De verdad son inteligentes esos bichejos absurdos? Creo… que me ha sentado mal la gelatina de algas del desayuno...– exclamó Bloti Blup, mientras se dirigía al lavabo conteniéndose las náuseas.

-¿Ves? Ya te dije que no estás preparado para asumir ciertas cosas – replicó Gloto Glap -. Vaya planeta repugnante... Me temo que habrá que fumigarlo.

Miguel Ángel Pérez Oca

Requiem para Willi

Barrotes de oro
rendidos a tus saltos
de alma soberbia.
Barrotes de vacío
sin luna naranja
que extinga
la nostalgia de la pérdida.
Susurros de cantos proverbiales
encendidos en la cima
de mis secretos más alegres.
Cuentos de hadas extinguidos en segundos
de ira mortal.
Barrotes de alas sinceras
de un amor sin horizontes
que nunca escribirá un olvido.
Barrotes apagados
sobre tu recuerdo
más allá de este mundo
cantando
en cada balcón del universo.

Ricardo Pérez

A veces pasa

A veces pasa:
El pantano se llena
y el agua se desborda
y anega lo improbable
y se lleva los puentes
y se lleva personas
y se lleva hasta el alma
y no acaba hasta el mar.

A veces pasa
y navegan, río abajo,
palabras desbocadas
cogidas por sorpresa
antes de despertarse.

Y, a lo que queda,
no se sabe por qué
(el hombre necesita
ponerle nombre a todo)
se le llama poema.

Adolfo Celdrán

Tu mirada

Me gusta tu mirada transparente
como un venero de agua cristalina,
como el sol reflejado en la colina
o ráfagas de luz intermitente.

Tu mirada refleja suavemente
el color verde mar con purpurina,
un encanto hechicero que fascina
y que atrapa y envuelve eternamente.

Me transforma y me eleva conmovida
a aquella plenitud tan deseada
de lealtad, bondades y de calma.

Un oasis de paz para mi vida.
Efluvios de praderas, tu mirada
es también el refugio de mi alma.

Gloria Lafuente Megías

RELATOS DE OYCHÓ(*), EL JARDÍN FLOTANTE

ENTRE LOS ARBOLES

Las casas de La Habana y Santo Domingo -Anita me lo dijo con su voz melosa caribeña- son como las nuestras coloniales (sin connotación peyorativa o burlona cuando digo "coloniales"); porque difícilmente volverá el hombre a proyectar un programa habitacional tan hermoso, divertido, perfecto e integrado con el clima y el ambiente; una arquitectura arraigada en el suelo de la existencia; casas para vivir. Bien hacen los nativos al negarse a ocupar casas muy altas, asegurando con gran inteligencia y sensibilidad que un hombre no puede tener siempre a otro hombre sobre su cabeza sin que le llegue a pesar o le aplaste rotundamente; a menudo nos reíamos de semejante afirmación, pero puedo jurar por lo más sagrado que me angustió adaptarme a vivir en casa de pisos y aún hoy conservo una atávica predilección por los áticos con gran terraza alrededor y sin gente encima de mi pobre cabeza.

Comparadas con la casa de la isla, la mayoría me parecen insulsas, vulgares, sin encanto; porque aquella tenía espacios que conducían a ninguna parte, habitaciones poligonales, ventanas de siete hojas sin cristales, trastero con luces fantasma y dormitorios comunicados y comunicantes; galerías abiertas y cerradas; tres puertas de acceso y alcobas enormes con armarios triples, donde cabían todas las cosas imaginables que se precisasen con sólo combinarlas bien; arcos interiores como telones y despensa donde podía caber un cachorro de elefante.

Una casa así deja indeleble huella en sus moradores; hasta los modula psíquicamente, porque siempre encuentra uno lugar para esconderse o para asustar a los demás habitantes conectando a hurtadillas los grandes ventiladores, moscardones de techo, que agitan los objetos lenes; tremolan al viento los papeles como pájaros blancos; o se topa uno con una mesa que por la noche gime porque se la está zampando el comején, que es tremendo aunque invisible; y muy pocos poseen un comedor donde no se puede comer con la luz encendida cuando las lluvias vienen, sino con tiley, porque los insectos planean sobre las cabezas de los comensales y amerizan en la sopa, obligando a mi padre a decir con sorna "encoge las patas, bicharraco, que vas a pasar por un túnel" al llevarse la cuchara a la boca; un lugar donde las lagartijas multicolores campean a sus anchas por las paredes blancas y a nadie sensato se le ocurre eliminarlas porque son insectívoras, muy golosonas y tragan cantidades ingentes de mosquitos y moscas, ofreciendo siempre un aspecto tan robusto, lustroso y saludable que da gusto verlas. Yo elegí la lagartija como totem individual y propio.

Todo el conjunto de edificios que formaban aquella barriada humilde era muy original; las viviendas se apiñaban en el centro formando un óvalo; todas las casas eran bifaces con un acceso por detrás y otro por delante, por lo que resultaba maravilloso poder largarse haciendo mutis. Una calle elíptica rodeaba el mazacote de construcciones al que se accedía por un gran arco de cemento de dudoso estilo arquitectónico, a cuyos pies, en dos grandes parterres, crecía sin ataduras el pródigo quinquilibá, espléndido remedio para los cálculos renales. El enorme arco debió tener grandes verjas de hierro en algún pasado remoto aunque no recuerdo haberlas visto empotradas en donde se supone que debían estar; y es que no hacían falta porque no había ningún peligro acechando; la comunidad tenía un vigilante nocturno horrendo al que llamábamos guachinay, que es la forma pichinglis de decir "watchnight". Con el hombre suelto por la noche, arrastrando todo su cuerpo poliomielítico alrededor de una gran muleta de madera, tal vez nos sentíamos seguros pues ofrecía un aspecto tan terrorífico como el de Bela Lugosi en La Momia; pero era sin duda otro disparate más de nuestro mundo loco; si entraran ladrones a robar en los almacenes o alguien pretendiera atacarnos ¿cómo podría defendernos una persona que no podía andar, ni mucho menos correr? Antes que él estuvo de guachinay Matúa, personaje nebuloso entre mayordomo, portero mayor, cancervero y correveidile. Le teníamos los niños un miedo pavoroso e inexplicable, tal vez por tener cara de topo.

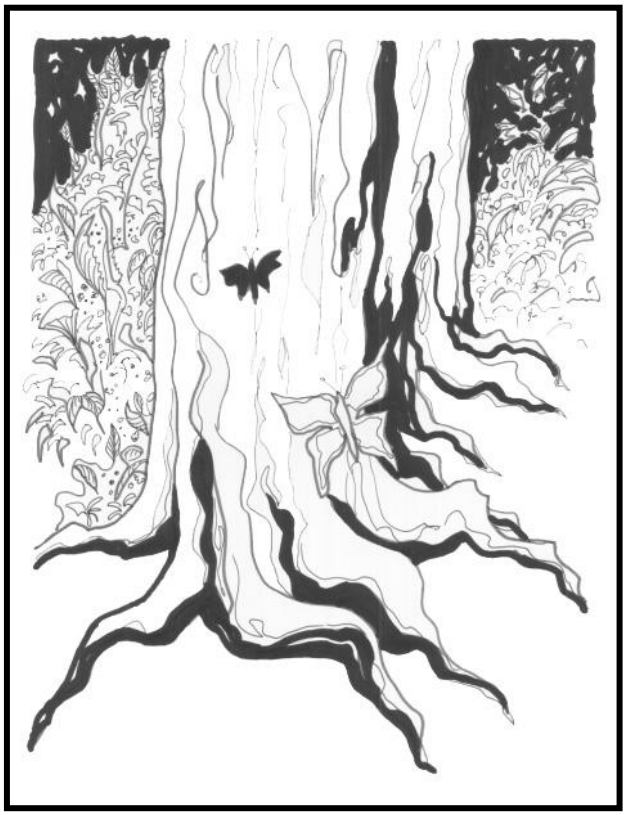
Frente a los accesos principales, bellos árboles con vida propia adornaban las aceras a modo de paseo. El frágil guayabo cuya copa se escondía entre los rojizos tejados de los barracones prohibidos, siempre estaba desnudo porque los nativos se encaramaban al tejado y lo esquilmaban a diario. A su lado vivía un limonero cuyos frutos amargos perfumaban la calle con un aroma inconfundible; junto a él el aguacate era un coloso cuyo tronco debían abarcarlo dos personas uniendo el arco de sus brazos, con una copa frondosa y apretada, su diminuta flor y su abultado fruto, que puede comerse tanto en ensalada como untado e incluso mezclado con yogur, nata, leche y azúcar cuando está muy maduro. El desgraciado aguacatero era el árbol que sufría con

mayor intensidad la plaga de las orugas en los cambios de estación, cuando les da a los insectos la demencia reproductora y se lo zampan todo a su paso; quedaba entonces despojado de hojas con las intimidades al aire, mientras pululaban sobre su tronco coleópteros, himenópteros y otras alimañas de poca monta y nombre horrible, entretenidos en ayuntar y desovarle encima sin ningún decoro ni continencia; luego, la comilona de las larvas, lustrosas, engordando las muy frescas a sus expensas; después, el delicado silencio de su carne yerta, exhausta, cuajadita de capullos de seda dorados, que penden de sus ramas asidos a finos hilillos colgantes, como adornitos de un arbolillo de Navidad. Y a los pocos días !voilá!, metamorfosis y adiós muy buenas colega. !Tan magnífico, tan sorprendente!; sigue la vida; el ciclo se cierra sobre sí mismo.

A su lado sueña con gozo el umbroso y tupido mango; sueña con languidez oriental porque se sabe árbol mítico, místico incluso, bajo cuyas prietas enramadas el propio Buda se sentaba a orar y a contemplar la infinitud del Universo. Es árbol de caprichosos gustos reproductivos, pues los hay machos, hembras y hermafroditas. Cogíamos cubos enteros de mangos y nos dábamos el gustazo de dejar que su jugo nos chorrease por el brazo.

Junto al manguayo, la saguasagua se lo pasaba bien; eran amigos; sus ramajes un buen día se entrelazaron de tal forma que se podía saltar de uno a otro por las ramas sin necesidad de apearse. Tenía conciencia de no ser un vegetal sacro como su vecino, pero lo encajaba muy bien en su alma arbórea y carecía de envidia, pues cada cual debe ensalzar las virtudes y bellezas que la naturaleza le ha otorgado y no reconcomerse con malsanos celos por las dotes que otros recibieron, pues cada cual recibe de la Creación una porción del Hálito Divino. Era la saguasagua alborotadora, jovial y ostentosa; se cuajaba de gruesas flores pringosas parecidas a las del magnolio y además tenía casi siempre la incondicional y preferente compañía de los murciélagos atraídos por el almíbar de su flor. En otros países la llaman guanábana; su fruta es parecida a la polifacética chirimoya, pero agresiva; en cada faceta tiene un pincho.

Todos eran árboles hermosos, generosos y con donaire, pero la palmera majestuosa y altiva descollaba sobre todos acariciando el cielo; la palmera cocotera, contoneando el fibroso fuste al son de la brisa, esparciendo la verdosa melena al aire cual bailarina coqueta. De palmeras hay multitud de variedades bonitas como la pequeña datilera o la áspera bangá de la que se recolecta el palmiche para la cosmética. Pero como la cocotera ninguna, porque las dobla y las triplica en altura y esbeltez destacando sobre los demás árboles como una reina ante los siervos que no osan siquiera elevar la faz para mirarla. Su fruto no es frágil ni está cercano, sino que obliga a ascenderla para rescatarlo; no puede ser quebrantado por las simples manos de los mortales, porque no se ha hecho la mano del hombre para penetrar sus riquezas; es preciso emprenderla a machetazos para despejar su corteza fibrosa y después golpes firmes de machete, decididos, para quebrar la semilla y dejar desnuda su inmaculada carne.



A los murciélagos también les gusta mucho vivir en el penacho de las palmeras, y sobre todo, pasar la noche, porque así se acercan al cielo, pueden hablar de tú a tú con la luna, se sienten importantes y olvidan que son ratones ciegos.

Solamente la ceiba le levanta la voz al cocotero, porque ella es, más que reina, emperatriz del suelo; enorme, aparatosa y como gobernante suprema, callada, distante, incomprendida y triste. Ni ella misma tiene claro si es ceiba o ceibo, pero conocedora de su antiquísima estirpe, permanece aislada en medio del bosque gimiendo su soledad de árbol milenario y lento, en tanto otros nacen, viven, ayuntan, mueren, renacen, reviven, mueren en un lecho cíclico... como eslabones de una cadena vital interminable. Sólo y únicamente ella, podría tener acceso a diálogos con el Supremo Hacedor, cuando baja Él cerca de la estratosfera a sus controles, inspecciones y reconocimientos rutinarios. Seguro que le informa puntualmente acerca de los cambios y mutaciones sufridos por el bosque, porque como es abuela de todos no hay quien la engañe ni se le escapa detalle con el transcurrir de los siglos. Tal vez le contó al Creador que un día llegaron hombres de piel pálida, envueltos en cáscaras que llaman ropajes

y se afanaron como locos en cortar árboles que nada les habían hecho; plantaron en los lugares vacíos unos arbolillos raros de otro continente que se llaman cafeto y cacaotero. "Mira, Dios -puede que le diga- ponen uno y luego andan ocho o diez pasos y ponen otro, en hilera; uno se llena de bolitas coloradas y el otro de balones pequeños; los hombres pálidos cogen las bolitas y las pelotas alargadas, las pelan, las tuestan con fuego, lo hacen todo polvo y se lo comen. Últimamente pasan en estos bosques cosas muy raras. Te contaré, por ejemplo, que los hombres con cáscara que llaman ropa o vestidos, han decidido que los de aquí de siempre que son oscuros y no blancuchos como ellos, se pongan las fundas encima del cuerpo a pesar de que aquí no hace nunca frío y no son necesarias. Pues bien, dicen los de tez clara que lo impone la Moralidad, pero nadie concreta quién es Moralidad, ni dónde vive ni por qué se esconde. Los negros están francamente ofendidos de la ocultación de Moralidad, porque lo lógico es que si alguien impone o da órdenes se sepa quién es, se manifieste. Entonces los pálidos dijeron que Moralidad no es nadie, sino algo que es una actitud, y los hombres negros se hicieron un lío con actitudes que son algo que no se ve y que además no son nadie. Luego añadieron los blancos que se trata de algo filosófico y como esa palabra no existe en su vocabulario, se quedaron como al principio. Pero luego quedó solucionado cuando los claros dijeron "vosotros obedeced y todo irá bien"; así que los negros se han colocado las cáscaras molestas, los collares de abalorios regalados y no han seguido haciendo preguntitas durante un tiempo. Pasadas varias estaciones completas, los hombres desnudos preguntaron a los embutidos a qué habían venido y por qué plantaban los arbolitos de bolas rojas y los de pelotas chafadas, arrancando el bangá, el yaca que les nutre y hasta el sagrado ikó que les da cobijo. Los blancos no se molestaron con tanta demanda de explicaciones; sintiéndose paternales dijeron que habían venido a traer la Civilización; cuando los negros expresaron con gran alegría su deseo de conocer a Civilización y darle la bienvenida pues debía sin duda ser Diosa o Reina de gran poder y Belleza, nuevamente los paliduchos se rebulleron en sus cascarirropas; haciendo acopio de paciencia y conteniendo el malhumor, respondieron: "la Civilización es algo que no se puede ver ni tocar; es algo que está dentro de la cabeza de los hombres; es una idea". Y porque querían que allí llegara la civilización arrancaron el bangá y la yaca y plantaron el cafeto y el cacaotero. Nada dijeron de diezmos, rentas y beneficios. A los hombres oscuros tostados por el sol del Atlántico, les creció poco a poco en el alma la desazón de que los pálidos acabarían quitándoles sus árboles y que a lo mejor Civilización no llegaría nunca. Les creció poco a poco en el corazón la duda de que a lo mejor nunca conocerían directamente a Civilización, porque es algo que no se manifiesta y por lo tanto no es nada. Ante tales dilemas irresolubles decidieron no seguir preguntando, engalanarse con los abalorios y obedecer, hasta que se quedaron sin sus bosques y perdieron toda posibilidad de saber qué era la Civilización. A veces, sospecharon que podría ser un retrete con depósito de agua colgado de una pared; la cajita que cuando te descuidabas te encerraba el ánima y te la dejaba pegada en un trozo de papel duro y brillante, o quizás, seguramente el cajón por donde hablan los espíritus de los blancos. ¡Eso debía de ser Civilización: cosas locas de blanco, cosas sin sentido y sin gran valor!"

Como ya quedan pocas ceibas, el Creador lo va a tener difícil sin vigilantes objetivos y veraces; tendrá que andar de un sitio para otro fiándose de las informaciones poco precisas o parciales de los árboles bajitos; a lo mejor, hasta tiene que echar mano del cocotero.... aunque el cocotero es voluble, inconstante y no tiene paciencia. ¡El cielo le asista si tiene que fiarse de las descripciones de los árboles extranjeros!, que todavía no han aprendido el idioma de aquí -sólo lo chapurrean- y se hacen un tremendo galimatías con los modismos y giros de lenguaje.

UNA CASA CON GATA Y TORTUGA

Frente a los accesos traseros de las casas de mi barrio estaban los almacenes de las cosas oficiales, donde papá, mis tíos y otros muchos iban y venían con aparatos, materiales y herramientas. El ajetreo era constante; se oía desde tempranas horas el continuo runrún de la aserradora de la carpintería que devoraba insaciable gruesos troncos de okume, mbero y mucali entre nubes de serrín y de viruta que olían primorosamente.

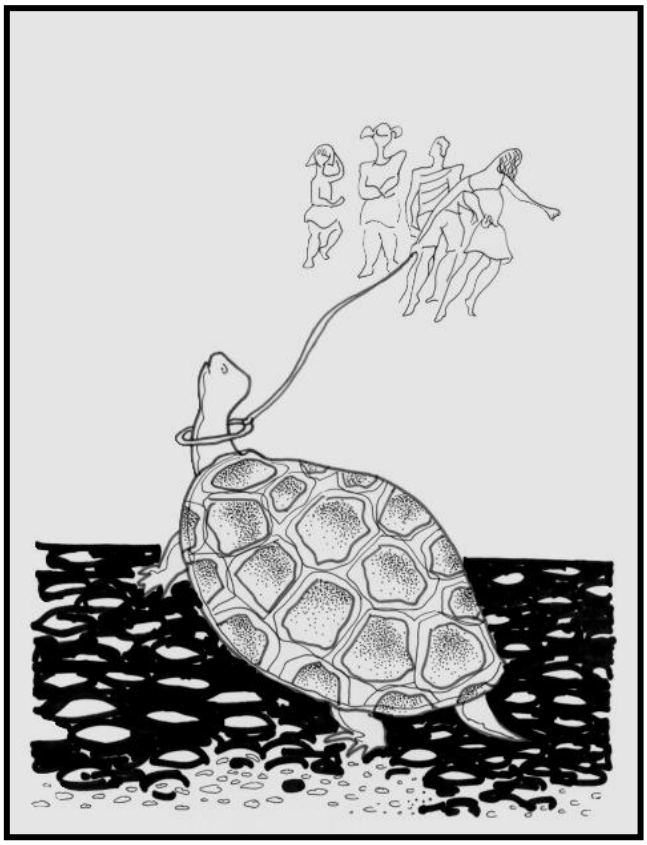
Lo de mi padre eran los cables, las resistencias y los conmutadores; lo del tío Angel era la fontanería, los tubos de plomo, los racores, los empalmes y el tufillo a chamusquina del soplete. Mi tío Enrique, se pasaba las horas entre tinteros, tiralíneas y bigoteras que aún no se había inventado el rotring, entre planos que olían intensamente a pis y salían de una máquina luminosa que ponía a la gente que se acercaba de color violeta. Cada quién atendía a lo suyo para que la Cosa Pública prosperara y funcionase. Se tomaban su labor en serio y creo que eran eficaces.

Entretanto, nosotros íbamos a clase. Cuando volvíamos a casa merodeábamos a nuestras anchas por todas partes; cazábamos lagartos verdirrojos que parecían dragoncillos de historias medievales; ¡no es nada fácil perseguirlos pues son velocísimos y trepan de maravilla a las palmeras! Cuando nadie nos vigilaba (lo que solía

suceder tres de cada cuatro veces) subíamos a los jeeps, girábamos el volante del vehículo como si condujéramos por el bosque mientras los que se colocaban en la parte trasera daban brincos sobre el asiento. A menudo nos escondíamos debajo de las camionetas y no contestábamos al llamado de los mayores. Vivíamos una vida propia, independiente y rica, vigilando la intimidad de las grandes arañas cuyas telas espesas como gasas colgaban de los altísimos techos de los garajes; arañas de botón (así las denominábamos) que llevan adherida al abdomen pardusco una gran bolsa plana y blanca con los huevos; a pesar de ser artrópodos muy ágiles de cuerpo pequeño y patas desmesuradas, se movían lentamente sobre la tupida tela transportando su botón de crías, hasta que el botón eclosionaba y comenzaban a salir centenares de arañitas como puntos que invadían la sosegada paz de la telaraña. Se aprendía mucho viendo surgir así la vida y sobre todo a estimarla.

Nos escabullíamos silenciosos o alborotadores por aquellos amplios garajes que servían, según la ocasión, de sala de reuniones, escondite-cueva de piratas, o de gruta donde esconder tesoros, o incluso de territorio indio donde los mayores "no poder hollar sin perder cabellera"; o jugábamos a bañarnos al aire libre, mojándonos con largas mangueras; después de empaparnos a placer, nos poníamos el salacof y nos secábamos al sol sentados sobre grandes tablones de madera de encofrar que andaban por ahí desperdigados en los rincones, un poco por todas partes. En la piscina que había entre el limonero y el aguacatero, no podíamos bañarnos casi nunca, pues se cubría constantemente de líquenes y musgos verdes que obligaban a rascarla con grandes cepillos de raíz, lo que era un trabajazo ímprobo que no compensaba; ¡Teníamos tan cerca un mar inmenso y autolimpiable! Pero la alberca sirvió a menudo para meter tortugas de carey tan grandes que montábamos tres personas encima y ellas tan campantes, paseando por el fondo de piedra como si nada; son muy viejas aunque no lo parezcan; nos gustaba auparnos de tres en tres sobre su concha, pero resbalábamos enseguida propinándonos costalazos memorables.

A mamá jamás le gustaron las confianzas con las tortugas; tal vez por atavismo o narraciones fantásticas, las asociaba con los dinosaurios, aunque ellas comen sobre todo algas y pescado y al menú de carne de niños no están avezadas; pero como también pueden vivir en tierra, acaban aprendiendo a comer incluso hoja de malanga y banana. Su carne, tersa y blanca se puede comer y sabe un poco a mar; en algunos países la consideran manjar excelso digno de príncipes y reyes.



Cierto día, un pescador de los que pescaban en nuestra playa de abajo, trajo una tortuga grande y jugamos con ella durante varios días. Enseguida nos dimos cuenta de que no debíamos fatigarla poniéndonos todos encima; parecía viejecita; unos decían que por lo menos tendría cien años, pero otros afirmaban que muchos más, porque llegan a longevidades portentosas de quinientos. Decidimos pues montar de uno en uno a horcajadas como los vaqueros, de modo que con una cuerda hicimos un cabezal y una traílla y se lo colocamos. No lo tomó con gusto cuando notó que le apretaba el pescuezo, así que se enfadó y metió la cabeza dentro de su concha zafándose del lazo y durante horas permaneció inmóvil. ¡Menuda tragedia!; merodeamos a su alrededor compungidos con severos remordimientos de conciencia. Ninguno teníamos arraigada aún la costumbre de convivir con quelonios y de llevar un diálogo sensato persona-tortuga aunque fuera cortito, con conocimiento de causa y motivaciones que nos condujeran a un ten con ten; así que pensé "huelgan las palabras; obras son amores..."; había surgido la oportunidad de ganar una amiga de otro mundo y no la íbamos a desperdiciar por un quítame esa paja y problemillas idiomáticos.

Me acuclillé a su lado mientras mi primo Quique le rascaba la cola con un foliolo de palmera que es muy cosquillero; pero ella mutis; con todo cariño le acaricié el caparazón y se lo limpié con hojas de banano pues estaba sucio del lodo que nosotros llamamos potopoto; luego le dije: "oye, perdona". Ni se inmutó; pero a los cinco o seis minutos se ve que recapacitó, sacó su dura cabezota y dio un par de pasos lentos e indecisos; todos

aplaudimos henchidos de felicidad y a partir de aquel momento nos hicimos íntimas hasta que murió de morriña seguramente porque quería volver al mar y no la dejábamos. Fue la única tortuga verdaderamente amiga que he tenido, ¡y mira que es difícil hacer amistad con un animal tan raro!, pues como tienen un concepto dilatado de la existencia y son longevas con abuso, para no sufrir, prefieren no complicarse con cariños humanos que son baladíes o como mucho te duran sesenta años; una minucia para ellas que pueden vivir el doble y el triple que cualquier hijo de vecino.

Murió un 16 de Mayo. Su almita subió célere al Cielo Infinito donde seguro que la Luz Divina le dio cobijo, para volver luego más briosa, tal vez con forma de cocodrilo. Recogimos con dulzura su cansado cuerpo y lo llevamos a un taxidermista para que lo disecara. Me han contado que las ponen boca arriba, les abren la panza y sacan todas las tripas y las chichas; luego en su lugar ponen relleno de paja, hojas secas y cosas similares, y por último cosen la abertura con hilo y aguja. Aunque pueda parecer repugnante hacer algo así con una amiga auténtica, a mí nunca me dio asco, pues años después, leí en un libro de Pyrenne que los antiguos egipcios hacían lo mismo con sus faraones para que el cuerpo les durara mucho; a este procedimiento le denominan embalsamamiento, así que ¿por qué no íbamos a embalsamar nosotros a nuestra tortuga predilecta?

El mundo singular de la tortuga y la gata Linda, se desarrolló implicado en nuestra vida de un modo adyacente, sin inmiscuirse de lleno. Eran compañeras familiares, incluso cómplices en multitud de fechorías y secretillos, pero en un ámbito de independencia mutua muy enriquecedor.

La gata apareció como quien no quiere la cosa mucho antes de que los pescaderos nos trajeran la tortuga. Debió de penetrar en la casa con alevosía y nocturnidad, por alguno de los tres accesos; bien dice el refrán "casa de dos (tres) puertas, mala es de guardar". No nos percatamos de su existencia hasta que un día a media mañana empezamos a escuchar leves maullidos por el pasillo; indagamos hasta que el propio sonido nos condujo al armario del trastero; al abrir la puerta, allí estaba la gata recién parida, con su camada de cuatro crías. Mamá le llevó comida, la instaló en un gran cesto hausa y puso luz continua en el interior del armario para que no tuviese humedades.

La gata quedó satisfecha después de inspeccionar cuidadosamente la suite de su hotelito y debió de decidir que aquél era buen lugar para acomodar a su prole; al menú de sobras no ponía objeciones. Los cachorros crecieron rápidamente y se marcharon, primero del cesto y luego de la suite, pero durante el destete fueron inquilinos discretos que apenas estorbaron la rutina familiar, porque se daban cuenta de que estaban de prestadillo.

Linda era atigrada, excepto las cuatro garras y el hocico que eran blancos. Jamás me importó que no tuviera pedigrí y a ella tampoco, pues se sabía callejera, pendona y acostumbrada a sobrevivir al albur de las circunstancias. Entraba y salía de casa a su antojo; nadie le preguntaba sobre sus celos de hembra y sus amores espurios. Se dejaba acariciar, pero no consentía agarrones ni apretujamientos, ni tenía la pegajosa costumbre de subirse a camas o sillones porque era un espíritu mundano y libre.

Enseguida notamos que engordaba demasiado y remozamos los interiores del cesto para que pariera en caliente. En cuanto parió su segunda camada casera apareció en la cocina, mientras mamá y yo nos afanábamos con un besugo y un horno malhadado que se apagaba a medio guiso cuando le placía. Hizo la gata su habitual paseo frotándose entre las piernas de mi madre (sabía perfectamente donde estaba la autoridad y que por mucho que yo la quisiera su protectora suprema era mamá), quien al sentir en las pantorrillas su suave roce de peluche exclama ¡"vaya, has parido, eh!". Entonces Linda se retira al trote y vuelve a los pocos segundos con uno de los gatitos colgando de las fauces, lo pone a los pies de mamá restregándose contra su pierna, pues el visto bueno de la dueña del hotel es fundamental para su supervivencia gatuna y pindonga. Mi madre que es una madraza impenitente, hace las exclamaciones de rigor que tanto enorgullecen a las puérperas: ¡qué preciosidad; qué carita tan linda; Oh, qué gordito y suave, parece un pompón de terciopelo! La operación se repite para cada cachorro, para cada parto, cada cuatro o cinco meses. Y ella a la suyo y nosotros a nuestra vida cotidiana.

Justo es decir que la tortuga y Linda no hacían muchas migas; se mascaban, pero de tragarse, nada; eran dos seres diametralmente opuestos, dos almitas silvestres encontradas; la una con remilgos gastronómicos de abuelita, siempre con alifafes y aspecto achacoso; la otra, zampabollos de las que se tragan todo "por si mañana Dios no provee, proveámonos hoy"; la una, sin tortugo que echarse al cuerpo en las inmediaciones, y la otra, echándose gato en cada celo, ¡estaba claro que no podían congeniar!

A Linda le gustaba echarle la zarpa y arañarle la concha, pero la tortuga, con sus reacciones parsimoniosas y cara de circunstancias, introducía la testa en el caparazón, ¡y qué te zurzan, gata casquivana!, pensaría. Lo que más le fastidiaba era que la gata se le subiera a la chepa para darse un paseíto de vóbilis.

Tras año y pico de convivencia, desaparecida ya de la escena la intrusa tortuga cuyo rígido cuerpo miraba relamiéndose (todo hay que decirlo), señora y dueña al fin de sus pagos, Linda adquirió un lustre cosmopolita y refinado; sin perder su natural bravío, tomó cierta prestancia de gato civilizado aunque no la apariencia blanda y bobalicona de los gatos domésticos. Se puso preciosa y regordeta a la vez que altanera y esquiva; ése fue el principio de su triste fin, pues terminó en la cazuela de algún nativo de los barracones para quien resultaría un exquisito bocado. Mi madre salía con evasivas cuando le preguntaba qué había sido de la gata que no volvía por casa ni a comer, hasta que acabé por no creerme lo de que es una gata callejera y tira a ello, ya volverá. Al fin tuvieron que decírmelo y me dolió muchísimo, porque un gato de su categoría no debía haber terminado sus alegres días en una perola, sino morir de una forma heroica y peliculera defendiendo a sus crías o en dura batalla contra algún perro libre y callejero. A partir de entonces me prometí no tener nunca gato ya que ninguno soportaría una comparación con Linda.

Mercedes Rodríguez García-Olías

(*) Es el nombre aborigen de la isla de Fernando Póo, donde me crie.

Ilustraciones de Rosa Martínez Guarinos

Me pesan los años como el plomo

Ya son cincuenta y cuatro años cumplidos
encima de este cuerpo desgastado
los llevo como el plomo bien pesado
y los huesos me crujen a gemidos.

Pierdo vista, y los ojos atrevidos
se esfuerzan en mirar en el pasado,
donde la juventud se me ha quedado
en cual memoria tengo sin olvidos.

Me estoy como las brevas arrugando
y busco en el recuerdo el consuelo
de aquella juventud de lucha y guerra.

Me han de seguir los años torturando
y no he de resignarme a este duelo
hasta enterrar mi cuerpo entre la tierra.

Lucía Espín

Todo empezó con la Tierra.
Era una lágrima azul en el espacio,
una pupila celeste que miraba
al oscuro universo incandescente.
Ya entonces,
antes de ser átomo dormido,
supe que te amaba en el silencio
-en la oscuridad de mi luz inexistente-.
Así, en medio de la noche,
sin poder saber ni cómo,
descubrí que cantaba en tu regazo
-alimentada en tus pechos vegetales-
reconstruida con tierra de tus labios.
Y aquí estoy en esta tarde dulce,
donde mis ojos os miran
como si fueseis mis ojos,
donde prolongo mi voz
para encontraros,
conteniendo un latido caliente
entre mis manos. Y saberme así,
cuenco vivo de tu alma,
o de la tuya que lloró anoche
en un recodo de la almohada.
Y al fin ¿qué somos?:
Un cereal de mi Tierra voladora,
una gota salada
de su sangre oceánica,
un impulso de huracán
bajo la axila oscura,
y el fuego de su centro
cultivando volcanes en las risas,
llantos de texturas minerales
que no caben en palabras.
Un solo cuerpo que cree que está disperso,
un único aliento compartido y blanco.
Si nos supiéramos todo
en todas partes,
en todas las azules venas
de esta azul esfera palpitante,
las pateras hambrientas
calcinadas de sueños
que se parten, amados hijos
de una misma madre,
quedarían rotas de amor
en este mismo instante.

Julia Díaz Climent

IMAGENES NOCTURNAS 3 (La Luna)

Lunas cayendo de pronto y sin transcurso ni instante
en el agua quieta del mar como durmiéndose,
como demorándose, como líquido que cae en la vasija,
así son las lunas en la noche de miedo y silencio,
así son y de cualquier otra manera y ninguna,
las lunas color piedra, lunas de estaño y cobre,
lunas llenando el hueco de la noche con su temblor,
con su desnudez y su viento de espaldas
y las preguntas que quedan en su contorno como un olvido.

Plenilunio, luna en cuarto menguante, luna de agua fría,
como un efluvio o lágrima caída contra el río más lejos,
contra la ventana donde la luna única y yo nos encontramos,
luna mía siempre, luna que contemplo o sueño.

Francisco Alonso Ruiz

EL RETRATO MÁGICO

- Espejito, espejito ¿quién es la más bella del reino?- La pregunta, ya lo sabéis, la hacía la reina ante un espejo que había fabricado, especialmente para ella, el artista y técnico en invenciones más reputado del reino. La reina debía esperar unos segundos, y el espejo siempre le contestaba, con una voz que ella turbiamente asociaba a la del técnico: Vos, mi reina, sois la más bella, y nadie os iguala ni os igualará jamás.

Cuando, hace ya muchos años, la entonces princesa se casó por cuestiones políticas con un notable de un reino próximo, su elegante príncipe consorte tenía la figura estilizada de un pincel, figura que convirtió, unos pocos años después, en otra más parecida a la de una brocha. Salía frecuentemente de caza, no se sabe si de ciervos o de mujeres de vida licenciosa, pero a ella no le importaba: Así descansaba de sus inconveniencias y podía flirtear con los jóvenes más atractivos del castillo que, tras unos meses de romance, cuando la ya reina se encaprichaba de otro, desaparecían por orden suya. El pintor de los ingenios fue uno de ellos. Tal vez el más apasionado y desde luego el de más sensibilidad. Cuando se veían en los aposentos regios, él siempre le decía que era la más bella que nunca hubiera visto ser humano alguno, y que su amor hacia ella sería eterno como su belleza. Ella le pidió que le pintara un retrato, cosa que él hizo con delicadeza y tiempo. Y como su mano la conducía el amor y el deseo, la reina quedó bellísima y le dijo que sí, que el retrato era hermoso y que disfrutaba viéndose en él, pero que precisaba aún algo más: un aparato que la viera como ven los humanos y, desde su objetividad de ingenio mecánico, reconociera su belleza. Y el pintor construyó el espejo. Y, cada vez que la reina precisaba confirmación objetiva de su belleza, abría con la llave especial la puerta escondida, se introducía en aquél cuarto sin ventanas, encendía la luz para que el espejo la viera bien, le hacía la pregunta ritual y recibía la respuesta que esperaba. Paradójicamente, la reina agradeció al pintor su invento viéndolo cada vez menos, porque ya se veía bella en el cuadro, y ya había alguien, o mejor dicho algo, que le decía, cuando lo precisaba, cuán bella era. Pero no hizo desaparecer al pintor como a los otros amantes. Por los rescoldos del amor que le tuvo, por agradecimiento y, tal vez, y fundamentalmente, por mantener cerca al único que podría revisar y arreglar el ingenio del espejo mágico si se averiaba.

El pintor se dio cuenta de su error: En el juego, no puedes dar todo a quien siempre pide todo, porque te quedas sin cartas. Y porque entonces, con todas las cartas, ya juega sólo él. Ella, en este caso. Pero calló, ¡qué remedio!

Y así pasó un largo tiempo hasta que un día la reina, al verse reflejada en el espejo, se dio cuenta de que la juventud comenzaba a abandonar su rostro. El espejo dijo lo que debía, pero ella se veía reflejada en él. Entonces apagó la luz, la encendió y se puso de espaldas e hizo su pregunta de nuevo, pero el espejo respondió como siempre. Finalmente apagó, salió del cuarto, encendió la luz y se quedó fuera, con la puerta entreabierta y sin decir nada, y el espejo, transcurridos diez ó quince segundos, respondió. La reina se enfureció ante lo que consideraba un vil engaño. Llamó a una sirvienta y la hizo entrar, encendió la luz y, al cabo de esos momentos, el espejo le dijo lo que siempre decía. Encolerizada, rompió el espejo. Pero, aún con el espejo roto, cada vez que encendía la luz seguían sonando aquellas malditas palabras. Así que mandó romper todo lo que encontraran en la habitación y llamó a su presencia al pintor.

Estaba envejecido, y creyó intuir en su mirada que él pensaba lo mismo de ella.

-El espejo es un burdo engaño- le dijo.

-Es un aparato, es un ingenio-

-Pero ni ve, ni oye, ni siente- replicó la reina.

-Yo veía, oía y sentía, y él repite lo que yo una vez dije de vos y para vos. Y lo dije sintiéndolo

-También tú estás viejo.

Sí -dijo él- Envejecí cuando me dejasteis. Envejecí esperándoos. Y, luego, continué envejeciendo

-Voy a quemar el cuadro que me hicisteis: No soporto verme tan joven y tan bella y compararme con ahora.

-Entonces nadie sabrá nunca que una vez hubo una reina que fue la mujer más bella que nunca ha existido en este mundo.

La reina calló. Y unas lágrimas afloraron a sus ojos. Y un rictus, tal vez de amor, se dibujó su boca. Ella, que quizás nunca había sabido qué era eso…Cuando habló, su voz sonó suave: -Marchaos-

El pintor sonrió apenado, balbuceó unas palabras –¡Mi reina…!- y salió de la estancia. Ese mismo día abandonó el castillo.

Durante unos días la reina no salió de sus aposentos. Luego, mandó que ensillaran un caballo y dijo que partía a un largo viaje. Nunca más se supo de ella. Hay quien dice que se suicidó, quien que se fue a vivir con el pintor, quien que vivió con cada uno de sus amantes desaparecidos, y quien sencillamente no dice nada y calla.

Pero todos los que, en los años y siglos posteriores, visitan el castillo, quedan impresionados con el retrato que nos deslumbra por la impresionante belleza de la reina y por el genio y pericia del pintor.

Y, también, impresionados con la triste historia de la hermosa reina que nunca supo lo que era amar a nadie que no fuera ella misma.

Adolfo Celdrán

Estoy tan cansado

Estoy cansado
de respirar soledad,
de días marchitos
que invitan al olvido.
Estoy exhausto
de ver mi sombra
en una encrucijada,
de pensamientos
cansados de indecisión.
No quiero seguir siendo
un horizonte infinito
lleno de interrogantes,
no quiero más instantes
de delicioso aburrimiento
en cabalgada
hacia los miedos del futuro,
no quiero guerras indecentes
traídas por la herencia del pasado.
Mi ayer sucumbe en la pérdida
y necesito
escribir bellas páginas
sin grietas en mis pasos
hacia un cálido final.

Ricardo Pérez

Los intocables tocados

Mientras no echemos de España
toda esta corruptela,
nuestros nietos pasarán
hambre y no irán a la escuela.

Y serán esclavizados
ellos y también sus hijos,
otra vez por muchos años
en los sombríos cortijos.

Esto es lo que más desea
toda esta mala gente,
buitres que quisieran ver
sin comer a mi simiente.

Y a ti mi gran pueblo llano,
seres de Baza y Baena,
que por nuestras venas corre
la sangre más noble y buena.

Demostraremos que el pueblo
tiene agallas para echar
a estos buitres carroñeros
que no paran de robar.

Políticos y banqueros
y algún que otro condesito,
que le gustan los billetes
más que hacer sonar un pito.

Estos son los que nos roban
y nos seguirán robando,
hasta que el pueblo se harte
y de aquí salgan zumbando,

porque en todo hay una raya
la que nunca hay que saltar,
pero estos se la han saltado
y hasta pueden insultar.

Hay alguno que se atreve
a hacernos una peineta,
y llevarse para suiza
una tras otra maleta,

de billetes de quinientos
euros todos a estrenar,
para pagarse sus fiestas
y el capricho de esquiar.

Ladrones de guante blanco
con corbata y pajarita,
que nacen ya siendo fríos
como fría estalactita.

Se ríen de la justicia
y de aquellos justos jueces,
porque saben que estarán
en la cárcel pocos meses.

Hay uno que solamente
en prisión ha estado un día,
y al juez que lo hizo encerrar
le han enseñado la vía,

la puerta y la salida
de la Audiencia Nacional,
los amos de nuestra España
del pan, el agua y la sal.

Si la justicia en España
para todos fuera igual,
estos buitres de altos vuelos
no saldrían del penal.

Pero temo equivocarme
y presiento que saldrán,
abonando una miseria
y ricos continuarán.

Los intocables tocados,
ya era hora, ya era hora
que alguno fuera a la cárcel
por fin y sin mecedora.

¡Ay! ¡España de mi vida!
¡Ay! ¡España de mi muerte!
te veo sola y desnuda
y sin nada que ponerte.

Trinitario Rodríguez

JAVIER RUEDA
ENTRE CASTILLA Y LEVANTE

EL ESTUDIO

Desde dentro de su cuadro Javier Rueda, leonés de cuna y alicantino de devoción nos contempla inquisitivo.

Reflexiona y siente, le pregunta al mundo
poetiza el espacio.
Luego… sojuzgando la luz, la domina
y funde en sus ojos garzos
aquellos colores puros que le habitan:
el índigo del firmamento y la plata lunar
se transmutan en argumento y forma:
cuerpos, cortinaje, búcaro, platillo, objetos
definitivamente humanos, densos, turbios.

El ocre de la tierra esplende desde su frente
y se derrama reinterpretado en sustancia
de árbol, de ramaje y arcilla húmeda.
Y la dureza del rojo se hace blandura
materia opaca en la carne
de los amantes enredados.

Todo se inicia tras sus ojos
inversamente alquímicos
doblemente auténticos
que traen materia y forma
desde el sutil origen transparente
a la densidad del espacio habitado.

Ni siquiera la gentil naturaleza vegetal
del bosque es ella misma, se ha fundido
en los fuegos internos invisibles
agitada por el jilso viento castellano.

Pide la luz para existir ser sometida
por la mano del artista
ser resuelta en velos o tapices
intuida tras arcos y estructuras.

Y ha dejado el mar allí
también escondida tras el iris
su huella humana
su inquieta cosecha aguamarina.

Mercedes Rodríguez Gª-Olías

La ventana

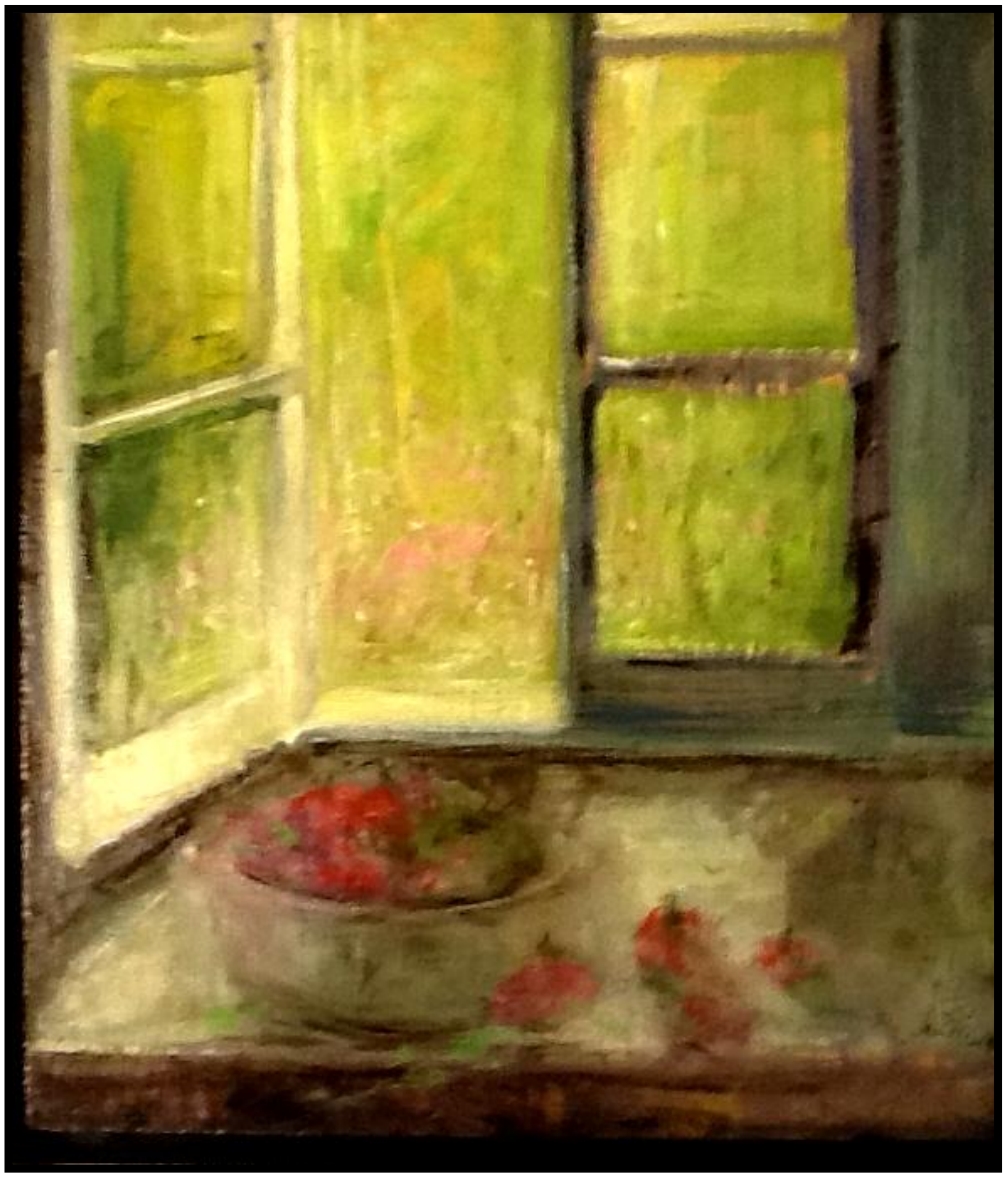
De las cosas sencillas inventario
yo quiero hacer. Y las anoto y cuento;
una verdad humilde, un sentimiento,
un efímero hecho rutinario.

Lo que sucede siempre y a diario:
un pájaro azuzando al firmamento,
una mañana quieta, un largo viento
y algún evento consuetudinario.

Una ventana abierta hacia la calle,
flores en las macetas, un detalle
delicado y discreto. Un sol que brilla.

Un muchacho que pasa en bicicleta.
Una alegría, una emoción secreta,
o el beso de un chiquillo a una chiquilla.

Francisco Alonso Ruiz Pérez



PRIMAVERA

Gitana entre colores

Gitana entre colores
que perpetua has quedado ya pintada
con atuendo de flores
toda adornada
y una rosa en tus labios encarnada.

Hay morena y gitana
te pintó sobre lienzo Javier Rueda
Leones que su arte emana
y te hizo como seda
y en tus ojos los de él, miran sin veda.

Lucía Espín

REMEDIOS

Una ardiente mirada

Reverbera la luz.
Bajo el ardiente sol
todo se difumina.
El agosto es total y un arcaduz
derrama su pasión en un crisol
donde el sueño se acuesta y se declina.
Anduvo mucho trecho el caminante
mas ahora el fresco prado lo domina,
con un calor extremo y fulgurante.
El hombre mira y su deseo fulmina
a la mujer difusa y repentina.
Todo es pasión que en la pasión culmina.
Jamás alguien temió lo que anhelaba.
Se teme lo que anhelas o es calina
la que incendia el pincel y es esa tarde
la que lleva a la hora vespertina
donde la carne se consume y arde,
y allí Javier la vuelve clandestina.

Manuel Parra Pozuelo

EL DESCANSO DE LA PINTORA

Los lirios

Entre unos rastrojos y ramas secas
crecieron unos lirios:
una maceta rota, un rastrillo olvidado,
hojarasca, que el viento amontonó,
en otoño temprano.
El morado de sus pétalos,
delicadas sutilezas retocadas de amarillo.
Las espadañas ornan la cal desconchada.
Los miro con emoción.
Entre tanta dejadez destaca su belleza.
Evoco los campos de mi tierra
cuajados de lirios silvestres.
Sus colores decoran los ríos y los prados.
Son testigos del escarceo de las mozas.
Ocultos en la floresta los amantes
revueltos de hierba, de lluvia, de rocío,
apretados sus cuerpos en febriles besos,
se acoplan, se aman.
Las Ondinas bailan coronadas de lirios.
Cuerpos desnudos, azules y blancos:
en sus pezones, en su pubis de ninfas
brillan flores de seda.
Ríen bulliciosas, juegan
a poner velos a Eros y a Afrodita.
Por aquel sendero que a mi escuela iba
yo veía los prados de magia que cantaba el río.
Ahora, mientras pasa el tiempo que arrasa la vida
pienso en aquellos senderos escondidos.

Airam Lebasi

EL HUERTO

Javier Rueda ha sido atrapado por la belleza y el misterio de La Alhambra, belleza y misterio que, en justa reciprocidad, el artista ha querido reflejar en sus cuadros como testimonio de admiración y cariño.

Vemos en esta obra un cielo encendido que tiñe de rosa la tarde, besa las cumbres nevadas y se extiende, malva y grana, por las montañas del fondo. La vitalidad del color no consigue disipar una sombra melancólica, que es como un territorio legendario e invisible que se funde con el visible, para recordarnos tiempos de pasados esplendores.

También son rojas las altivas torres que se alzan sobre un cimiento rocoso y que han sobrevivido al tiempo y los terremotos. Si miramos atentamente, impregnados por la magia del entorno lograremos divisar asomadas a las ventanas de estas edificaciones habitadas por fantasmas, a alguna bella sultana de ojos brillantes o quizás a una cristiana prisionera soñando con su liberación.

Cantan las aves, susurran los surtidores en la frondosidad de los viejos jardines por donde solloza el aire, llevando en sus alas perfumadas una aspiración de permanencia, un sueño de eternidad que artistas como Javier Rueda ayudan a conseguir.

María Rosario Mohinelo

GRANADA

Cementerio de cumbre

A Javier Rueda

En lo que ayer fue patio del castillo
hasta la hierba duerme.

Desde su altura los cipreses riman
un «de profundis» silencioso.

El alba, puntual, teje el milagro
de escalar amorosa las almenas:

Cementerio de cumbre, como nave
encallada en la roca.

Los que este mar tuvieron por amigo,
son hoy menos que espectros.

En un pozo de bruma están sus sueños
desposeídos del latir

o tal vez oteando otra vertiente
que ni siquiera imaginar podemos.

Sus nombres barrió el viento de los días,
y nunca más mecerán la mirada
en el acorde azul del oleaje,
que sigue y sigue en su alentar grandioso
como gigante o pulso universal.

Así, sobre los tiempos;
el recordar en polvo diluido;
Pena y gloria de amor, silencio, nube.

Otros labios posándose en las copas
otros ojos el rumbo investigando
hasta volverse ausencia, olvido, tierra.

Concha Lagos

FIN DEL CUADERNILLO DEDICADO AL ARTISTA JAVIER RUEDA

En un modo sentimental

En un modo sentimental
la nieve brotará
de las alas de tus deseos,
rozarás los misterios de la noche
entre gotas de cristal que recrean tu mirada,
conocerás los impulsos
de un nuevo mundo
que traspasa tus fronteras,
sabrás que el pasado ya no hiere
y el futuro
será la escalera impasible
que nunca dominará
tu alma inquebrantable
renaciendo tras las llamas.

Ricardo Pérez

LA TRAMA

El claro viento del mar corría por la playa levantando la arena. Las gaviotas subían por las corrientes como si escalaran, en elegante planeo, las alturas. Ni una nube interrumpía el azul. Un velero surcaba ágil las aguas tranquilas de la ría. La mujer paseaba a lo largo del malecón. Su andar lento, con el pelo flotando como un velo alrededor de su cara que la distancia difuminaba. Parecía ignorar el paisaje. Su cabeza elegante miraba al frente fija en la línea del horizonte, sin prisa, con calma. Al llegar al final del muelle volvía sobre sus pasos, el ritmo cadencioso, sin alterarse. Un hombre irrumpe en la escena y la abraza. Por un momento sus siluetas forman un todo en la distancia, son únicas, quietas permanecen un instante. El hombre se aparta, rápido se aleja. La mujer permanece erguida, solitaria, su perfil se recorta en el azul, el velero gira raudo, las gaviotas siguen jugando con las olas, con el aire. Se desploma el cuerpo, la mujer es una mancha informe en el suelo del malecón donde está varada una barca.

Airam Lebasi

Resucitar tendida en la ceniza
mientras descubro
el viento salado que me acoge
la torva brutalidad del mundo en el que sueño
la baba negra del llanto que trepa el infinito
y lo corroe
el grito que voló sin esperanza
y se quebró en el miedo
la mano muerta
el aliento enfermo de aquél que nunca dijo nada.

Yo lo llevo, lo sueño, está conmigo.
Llevo al enfermo, al grito, al llanto
y también la mano muerta tengo
y el sueño adherido a las pestañas
atado a la raíz de mis cabellos,
lamiéndome la piel mientras descubro
un grito en cada sueño
un sueño en cada enfermo.
Resucitar tendida en la ceniza
descubriendo la luz del desperezo
y entornar los párpados
que ansían ver un día
al hombre caminando, caminando al fin
con los dos ojos abiertos.

Julia Díaz Climent

El trece ya pasó, el catorce llega

Pasó el año falaz y arrabalero,
su tiempo caducó, y otro aparece
que puede ser tan malo como el trece
si todo no se vuelve al retortero.
Es preciso empujar, ser como acero,
y el porvenir ganar, el que padece
sufriendo todo lo que no merece,
rompa el brazo cruel y traicionero.

Así al catorce volveremos bueno
y haremos de él un año venturoso,
mejor que este que acaba y fue tan malo
y estuvo de desdicha y penas lleno
Mas si queremos año más hermoso.
algunos deberán probar el palo.

Manuel Parra Pozuelo

Himnos muertos

Sellaré la puerta donde se amontonan
las cruces de las pasiones rotas,
de los himnos muertos,
de los recuerdos.

Callarán los poetas que conocen la historia de días de desgana,
de grises teñidos de vida,
donde el tiempo se para,
y se clava en el pecho un hilo de escarcha.

Que arranquen de mi lecho esas flores con olores
a enigmas y a misterio,
a tormentas y a malvas.

Y entierren las rosas que no huelen,
las palabras con espadas,
las estrellas con espinas,
las vírgenes sin mañana..

Y después,
¿Qué vendrá después de esta negra queja amarga?

Tal vez días de limón,
de incienso y de esperanza.

Escribiré en la arena las heridas que me sangran
para que los vientos del perdón puedan borrarlas;
y buscaré,
en el silencio de las horas,
las cálidas mañanas,
trocando
las desoladas murallas de viejos lamentos
por densos cimientos
de concordia y templanza.

Conchi Galindo

JUSTA VENGANZA

Siempre soñé con estar aquí. El Hotel Danieli, Venecia, la laguna. El sueño de mi vida.
Desde niña, jugaba con mi padre con viajes a sitios imaginarios, a lugares de ensueño y en esos sueños siempre estuvo presente Venecia y el Hotel Danieli, el antiguo Palazzo Donatello, un edificio del siglo quince cerca de la Plaza de San Marcos, a un paso del Puente de los Suspiros.

Pero mi sueño se ha convertido en una pesadilla. Estoy esperando a mi madre en la terraza del Danieli. Como siempre, llegará tarde, demasiado maquillada para su edad, demasiado vestida para la ocasión. La oigo llegar, con sus zapatos demasiado altos para los adoquines de Venecia.

Hemos hecho planes para la cena en una pequeña "trattoría" cerca del Puente del Rialto. Salimos a la oscura y fría noche. El tintineo de sus tacones resuena en la oscuridad. Vamos en silencio, un silencio que comenzó con la muerte de mi padre. Un accidente, según el informe policial. Pero ella y yo sabemos la verdad, ella lo mató porque nunca lo había querido y porque desde su enfermedad se había convertido en un lastre.

Pasamos por una pequeña y oscura callejuela. El canal está a nuestra derecha, quieto y paciente, y de repente lo sé. Sé por qué la he invitado a este viaje. Sé por qué quise venir con ella a Venecia. Reconozco el odio y la ira que me han embargado durante años desde la muerte de mi padre.

Es ese odio, el que me impulsa a tirarla al canal. Ella no reacciona, veo miedo en sus ojos, se aferra a mi brazo*: -Ayúdame*– me implora. Me la quito de encima y al fin comprende. Veo en su mirada el desprecio que siempre sintió por mí, el mismo que sintió por mi padre.

Las últimas palabras que oye antes de caer a las frías aguas del canal son *"Esto va por él".* Veo como se hunde, no sabe nadar. Me quedo quieta, mirando fijamente como sus movimientos se vuelven cada vez más lentos y su cuerpo flota sin vida sobre la superficie.

Un grito rasga el silencio de la noche, soy yo pidiendo auxilio. Oigo pasos. Gente que intenta ayudar. Alguien me toma por los hombros. Es un "carabiniero" que me da el pésame y me susurra unas palabras de aliento: *-Lo siento, "signora", estos accidentes ocurren a menudo en Venecia cuando tenemos "acqua alta"*–

Miro al cielo y susurro - *justa venganza* -. Se escucha una melodía, es Para Elisa de Beethoven. Alguien grita –*corten-,* las luces se encienden y los extras aplauden.

Josefina Campo Rodríguez

Aguacero lunar

Alborada escarlata, anfibia,
que retumba,
parsimoniosa y suspendida
en el garzo y viscoso firmamento.
Antifaz de seda y bruma,
que retumba,
afluente de hiel y rosas que resbala desde el cielo.

Cielo de los astros, cielo.

Centelleos de partículas que arden
ahora
que palpita un clamor de ninfas mutiladas
y de tronos repartidos.
La humedad desbrida el aire
ahora
en las aristas fúnebres del silencio.

Silencio en el cielo, silencio.
Marisma de cadáveres
lejos.
Oleaje de pólvora que envuelve el fuerte
de un ejército de marionetas
con las retinas lustradas.
Lejos,
marisma de muerte.

Muerte en silencio, muerte.

Derrama el celeste su lobreguez
en la mañana,
sobre el amanecer que embalsama
los acúfenos de la luna.
Cicatriza el dolor de sus párpados
en la mañana.
Taladran la atmósfera sus lágrimas.

Lágrimas de la muerte, lágrimas.
Indiferencia
innata
que nos cerca en el aprisco de nuestro latifundio,
que aniquila la conducción eléctrica de los corazones.
Convulsión suprema,
innata,
que acontece cuando da la espalda el mundo.

Mundo, de lágrimas, mundo.

Vierte el satélite blanco
taciturno,
su sollozo salobre
salpicado por las púas férricas de una noche
coronada en un luto
taciturno.
Romancero de hombres contra hombres.

Hombres del mundo, hombres.
Eco de la artillería
que viaja,
que deshace las níveas pupilas
de un astro rocoso y agónico,
que hace temblar los huesos y los labios tras el televisor.
Que viaja
ungido en sal y ceniza.

Ceniza de los hombres, ceniza.

Clamó la luna
y sangró
su iris sesgado y muerto.
Su lacrimal supuró
hemoglobina de plata
y sangró
para anegar los desolados cuerpos.

Cuerpos de ceniza, cuerpos.
Las nubes cantan agua
presentes
bajo un cosmos que deserta
y engendran perlas púrpura,
trenzadas con retales de conciencia,
presentes
en las alturas, para yacer en la tierra.

Tierra de los cuerpos, tierra.

Delaciones de agua y grana
laten
en los márgenes del viento.
En el parto de una guerra
las radiales del sol
laten
ajadas por un lunar aguacero.

Aguacero en la tierra, aguacero.
El alba carmesí
huele a luna y a humedad,
sollozos blancos menguantes
custodia el rocío en su ajuar.
Lágrimas de hiel y rosa
del glauco disco lunar.

Lunar , aguacero lunar.

Alejandra Hernández Valido

De la sombra

Todo lo que escribo nace de la sombra.
No es que no exista, desde luego, la luz.
Pero la noche es persistente
dentro de mi alma.
La noche es larga, como a veces
el tiempo de la lluvia,
como a menudo el rumor
de las cosas rotas,
o el silencio que habita
tras el muro manchado.

Todo lo que digo ahora nace
de la piel humedecida de la sombra,
del temblor de la hoguera
y de los miedos del hombre,
de la gota que cae
en la orilla del sueño.

Yo no puedo decir con más llanto qué tarde
es la tarde que llega a la puerta dormida,
al espacio que existe
entre el llanto y el grito,
a la profundidad de la íntima lágrima.

Todo lo que escribo viene de la sombra.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

El tren

En el reflejo del cristal se cruzan nuestras miradas.
Es sólo un instante. El tren avanza lento
y ya comienza a alejarnos.
Cuando tu rostro se ha borrado del cristal,
la ternura de tu voz llena el vagón
y el flujo del recuerdo me produce vértigo.
Todavía estás a mi lado. Inconsciente, palpo el vacío
pero no estás.
En el andén tu mano parece despedir a otra.
No me reconozco en ese gesto que anuncia el olvido.
Una señora gruesa y amable
me extiende un pañuelo de papel.
Seco mis lágrimas por todo lo que no ha podido ser.

Maritza López-Lasso

CARTA A UNA DESCONOCIDA

Alicante, 10 de octubre de 1993

Querida Marta:

¡Cuánto hemos sentido tu ausencia! ¡Qué lástima que a última hora no hayas podido acompañarnos! Ya sabes que tu presencia supone un placer para nosotros. Tu alegría, tu sentido del humor y la agudeza de tus comentarios hacen muy grata la conversación; por ello, y por lo que te queremos, te hemos echado mucho de menos.

Fiel al compromiso que adquirí contigo, paso a relatarte nuestro viaje a Madrid, ese querido lugar que tanto ha cambiado con los años. Ya sé que la elefantiasis que padece ha deformado su cintura, desparramado su contenido, multiplicado sus dificultades; que a su alrededor han crecido las desoladoras ciudades dormitorio y la ponzoñosa gangrena del chabolismo; que tiene graves problemas como tantas localidades de hoy con la droga y la prostitución… Pero yo quiero creer que el Madrid de siempre no ha desaparecido; que el provinciano y hospitalario, cálido y acogedor Madrid donde todo el mundo se siente en casa, continúa esperándonos con los brazos abiertos bajo esa capa de urbe moderna y cosmopolita.

Volviendo al viaje te diré que todo el trayecto transcurrió con normalidad e, incluso, comodidad, pues una vez inaugurada la autovía el recorrido se reduce bastante y ha disminuido el riesgo durante los adelantamientos. Salimos el viernes sobre las cinco de la tarde, cuando aún brillaba un sol que levantaba los ánimos y el mar estaba tranquilo y risueño. Pronto dejamos atrás los laboriosos pueblos de esta provincia, tan ricos y pujantes, y divisamos en lontananza el castillo de Almansa que desde la altura parecía darnos la bienvenida a su tierra. La patria de Don Quijote se desplegaba ante nuestros ojos con toda su riqueza cromática como una inmensa cubierta hecha de retazos, extendiéndose hasta la línea del horizonte perfectamente llana a excepción de algunas suaves pendientes. Bosquecillos de polvorientas sabinas, encinas añosas, erguidos pinos y algún que otro árbol solitario, salpicaban los mullidos campos preparados para la siembra o ya sembrados, intercalados de grandes extensiones de viñedos. Por los amarillentos caminos agrícolas vimos a alguno de esos labradores que siguen fieles a la bicicleta, cuando ya hace años que el motor ha ganado la partida a ésta y a las bestias de carga.

El tiempo seguía siendo bueno y en el cielo despejado sólo flotaba un pequeño grupo de nubes blancas y redondas, ligeramente elevadas por el centro, exactamente igual a las descripciones que se hacen de los platillos volantes. No me extrañaría que alguien que las divisara desde lejos las confundiera con una cuadrilla de naves extraterrestres.

Escuchando buena música seguíamos nuestra ruta por las interminables rectas que atraviesan el terreno, dividiéndolo y delimitando con una precisión matemática. De vez en cuando surgían en la lejanía los viejos y entonces mudos campanarios de las iglesias de los pueblos, por donde retoza el viento y anidan a su tiempo las cigüeñas. A falta de éstas pudimos ver a otras aves con una fama bien distinta: unos cuantos buitres planeaban formando círculos, seguramente atraídos por algún animal muerto.

Hicimos nuestra primera parada para reponer fuerzas y entramos en uno de esos bares que tanto abundan por allí y que anuncian el vino de la tierra, el jamón y el queso manchego. Estaba decorado, por decirlo así, imitando a un antiguo mesón, con mesas y sillas rústicas, escenas del Quijote en las paredes y una lámpara central hecha con una rueda de carro. Los logotipos de la Coca-Cola y afines y la inevitable maquinita tragaperras, sentaban a aquel ambiente como a un santo dos pistolas. Coincidió nuestra llegada con la de un autobús repleto de personas mayores en viaje de placer; no te puedes imaginar la algarabía que formaron, sus exigencias para ser atendidos los primeros, el control que ejercieron para que nadie se colara en la fila que se formó ante el WC., las bromas, las risas… ¡Caramba con algunas personas de la tercera edad; daba gusto verlas tan animadas y felices!

Al salir del bar hacía fresco; tuvimos que ponernos las chaquetas pues un aire frío y diáfano empezó a soplar y el sol, que había brillado hasta entonces, se fue debilitando entre las llamaradas del crepúsculo. También habían desaparecido los “platillos volantes” que nos escoltaron durante buena parte del camino.

Retomamos la autovía y proseguimos el viaje. A pesar de que la luz era ya algo escasa, todavía pudimos vislumbrar algún viejo y fantasmagórico molino, émulo de aquellos otros que conoció el Caballero de la Triste

Figura. Aún nos desviamos otra vez para estirar las piernas y tomarnos un café en otro bar parecido al primero, continuando después sin más interrupciones, nuestro viaje hasta la Villa del Oso y el Madroño.

Encontré en la brumosa tarde otoñal la capital en ebullición, expeliendo vapores por todos sus poros; su respiración agitada y bronquítica semejaba los bufidos de una vieja y tambaleante marmita de presión a punto de estallar. Una enorme y charolada serpiente de coloridas escamas a la que nos incorporamos, reptada alocada por sus arterias envuelta en el tufo contaminante de su propio aliento. Sólo los semáforos que parpadeaban en la niebla, la obligaban a detenerse a intervalos, sin que por ello amainaran sus bramidos. En ocasiones, el monstruo, víctima de su misma voracidad, se veía inmovilizado durante largo rato formando gigantescos atascos que enfurecían a los conductores. Yo aprovechaba esos momentos para observar a la gente que, bien abrigada, transitaba apresurada por las calles o se agrupaba en las aceras esperando el momento de cruzar la calzada, dejando escapar por la nariz columnas de vaho que el frío evidenciaba. Antes de llegar al hotel, también alcancé a ver grupos compactos de personas emergiendo por las bocas del metro, que al llegar a la superficie se disgregaban tomando cada cual su camino. Unos y otros, ensimismados en sus propios pensamientos y ajenos a cuanto les rodeaba, me dieron la impresión de que recorrían la población sin reparar en ella. ¡Qué solitaria multitud! pensé, al tiempo que un impreciso temor me asaltaba, sembrando en mi alma la duda de encontrarme con la ciudad amada.

La tarde se había desvanecido por completo dando paso a una noche huérfana de estrellas a las que inútilmente pretendían suplantar las farolas luchando contra la niebla en que estaba sumergido el lugar. En aquel trémulo mar gaseoso, algunos edificios y monumentos se me antojaron barcos errantes que navegaban a la deriva, una vez desasidas sus amarras del lastre de los cimientos.

A la mañana siguiente había cambiado por completo el panorama. El tráfico era menor y la gente parecía no tener tantas prisas. Fue en verdad, un hermoso fin de semana; unos de esos días que justifican la fama del otoño madrileño y prueban que ésta no se debe solamente a un cliché literario. La luminosidad reinante nos invitaba a pasear relajadamente. Así lo hicimos por los lugares familiares tantas veces recorridos en otra época de nuestras vidas, un tanto, o un mucho, a la búsqueda del tiempo perdido.

El Paseo del Prado; El Retiro, tan lleno de recuerdos de mi niñez, tapizado de quebradizas hojas secas en esta época del año. Después nos acercamos hasta la Puerta del Sol, ahora más limpia, con las fachadas de los edificios renovadas; la Plaza Mayor, escenario de tantas páginas de nuestra historia; y, cómo no, el Arco de Cuchilleros y la Cava de San Miguel, donde vivía Fortunata quien, mientras sorbía un huevo crudo -qué horror-, vio por primera vez a Juanito Santacruz. Hay partes de la ciudad que siempre estarán íntimamente ligadas a Galdós, por donde no nos extrañaría ver aparecer a alguno de sus personajes. Todas estas calles del Madrid antiguo que siempre me han atraído, por las que, en otro tiempo, hacía excursiones a la búsqueda de los edificios más antiguos, los portales más sugerentes, las iglesias más recoletas… En fin, ya termino pues me veo en trance de derrapar peligrosamente por la pendiente de la nostalgia, y no quiero darte la paliza con mis añoranzas de un tiempo idealizado por el pasado.

De la reunión familiar del domingo que originó nuestro viaje, ya te hablaré largo y tendido en la próxima; te adelanto que todos sintieron tu ausencia y nos pidieron te transmitiéramos toda clase de recuerdos cariñosos.
Ahora sí que sí. Hasta la vista. Un fuerte abrazo,

María

P.D. Tratando de poner en orden los viejos papeles que acumulo y separar los que debo conservar de los inútiles, he encontrado el duplicado de esta carta escrita hace muchos años. Pido humildemente perdón a Marta, quienquiera que sea, pues no la recuerdo; no sé de quién se trata después de tanto tiempo, ni por qué tenía que

relatarle el viaje con tanto detalle. Ojalá el hecho de publicarla pueda equipararse al encuentro de una de esas botellas con mensaje que los náufragos confían al mar y que, a veces, alguien halla en la playa, y Marta consienta en ponerse en contacto conmigo y desvelar el misterio. Con esa esperanza la he enviado.

Mª Rosario Mohinelo

Duele

Palabras arrebatadas del corazón brotan,
henchidas de espíritu, prendadas de gloria
porfían lamiendo el alma de dolida historia.

Duele vivir, duele sentir que vives, duele.
Duele sufrir sin sentido
duele, amigo.

Palabras acicaladas de suave armiño
pueden rozar nuestro cuerpo herido
y mágicas alivian el ánimo abatido.

Duele recordar, duele sentir recuerdos, duele.
Duele el tiempo perdido
duele, amigo.

Portadoras palabras de ignotas dimensiones,
Lengua, estilete penetrante, entonada por dioses
dolor tornado en amable mies.

Duelen a veces las palabras, hermosas o fugaces.
Duelen y salvan y perdonan,
duelen, amigo.

Palabra que todo abarca, todo entiende
que acomoda y dulcemente envuelve
porque es Poesía.

Antonia Cuenca Piqueres

Siempre el poema

Cualquier momento es útil
para escribir palabras como amor o delirio,
para llorar palabras como angustia o zozobra.
Cualquier instante es bueno para el temblor de un grito.

Cualquier día es perfecto para ofrecer el alma,
o andar por las paredes o cambiarse de sitio,
o arrancarse las venas o sollozar de miedo.
Cualquier hora es terrible para los que vivimos.

Cualquier aurora o tarde o noche es importante
si el poema se llena de alegría o de júbilo,
aunque todas las cosas se han de perder mañana,
en el instante aciago que es un mar o es un río.

Así en este poema: solamente palabras,
gestos, mensajes, letras y fonemas y signos,
sabiendo que ya el viento las palabras se lleva
hasta un lugar lejano al que se llama olvido.

Francisco Alonso Ruiz Pérez

Patrona de mi pueblo

Patrona de mi pueblo al que venero
Virgencita de dignas Maravillas
ante ti, hoy me inclino de rodillas
para implorarte por el mundo entero.

Y si cantar supiera lo que quiero
mi Celestial Señora de las Villas
te cantaría en letras redondillas
un romance de ruegos muy sincero.

Patrona de mi pueblo soberano
y Virgen Santa de las Maravillas
estas palabras piden tu consuelo,

y nunca nos alejes de tu mano
porque eres nuestra luz en la que brillas
alumbrando la tierra desde el cielo.

Lucía Espín

Buscando el camino

Infinito es el camino.
Fue tan largo. Me detengo y medito,
¡fue tan largo! Mi corazón quedó herido,
más que herido, lacerado.
Contemplo los cormoranes. Van hacia el norte,
los esperan los riscos helados.
¿Qué los guía? Vías invisibles que su instinto
sabe.
Cuando vuelvan estaré aguardando.
Veo cómo se posan en las rocas
que les sirven de atalayas,
expectantes, vigilan el agua.
La ría riela en sus negros plumajes, irisados
de soles y lluvias mansas.
Con ellos llega el otoño de atardeceres rojos
de nostálgicas magias.
Me pregunto y les pregunto ¿dónde está él?
¿Hacia dónde dirijo yo mi ansia?
Decidme, amigas ¿hacia dónde?
El horizonte es una nube negra que me asombra,
una nube que arrastro en este largo camino,
este camino que me conduce a la nada.
Grito, grito a los montes, a las nubes, al mar,
¿dónde?
Fue tan largo el camino...
Me siento, con la cabeza entre los brazos.
Ya no me queda nostalgia. Estoy cansada.
Lloro.
Me yergo y contemplo el paisaje.
La naturaleza se yergue enojada:
“loca, loca, llora”.
Me resigno mientras las voces, entre sombras,
me llaman.

Airam Lebasi

Sueño de hojas caducas

Cuadro de Ariadna Robles

Hoja-grávida-que-reposas
en ramas de negrura.
Tan intensa late en ti
palpitante, la vida.
Se espanta
confusa
en la obsidiana negra.

Teje en sus entrañas
radículas pardas
cantos de agonía
serpientes oscuras.

¿Sueñas, dormitas?
exhalas
aliento-de-amor que fue
temblor de otoño
preludio de muerte.

Sueñas vivir
cuando el aire
voltea tu cuerpo grácil
a su capricho
arranca el pedúnculo
y te arrastra
y derriba alegremente
tu levedad sonora.

Con un soplo levísimo
vuelas, danzas, aleteas
vibrando de gozo
y se vuelve tañido
final, repique flamenco
tu perfil oblicuo.

Cayendo
sueñas vivir
mientras mueres
entre dos caminos
transparentes:
el camino azulino
del agua del río
el camino pardo
de arena y cristales.

Mercedes Rodríguez Gª-Olías

PÉRDIDA Y REDENCIÓN

Se sentía perdido en aquélla inmensidad eterna. Así que inventó a los ángeles para que le hicieran compañía. Los sacó de la misma nada en que moraba. Y deseó su agradecimiento. Pero provenían de la nada, así que, tal vez por eso, una parte de los ángeles salieron buenos y, los otros, malos. Suma cero. Como la nada.

Pero también provenían de Él.

- ¿De dónde había surgido el mal? - se preguntaba – ¿Quién lo había inventado si sólo Él existía? – Y una duda inaceptable fue creciendo en su consciencia, como dudando de su bondad, en la que afanosamente necesitaba creer. Y perdió su felicidad.

Y así pasó un segundo, o mil años, o mil millones, que para la eternidad es lo mismo. Hasta que decidió crear el Universo. Y lo hizo surgir de un estallido de su fuerza. O de su rabia. Y lo miró expandirse y complicarse. Y sonrió. Y no había maldad, ni bondad, en el Universo. Era como un rompecabezas, obra de un ser todopoderoso.

Y entonces se atrevió a probar otra vez. E inventó la vida. Primero eran cuerpos simples, aburridos, que Él permitió asociarse como se había asociado el polvo para formar estrellas y planetas. Luego, todo fue complicándose y surgieron las plantas. Y los animales, que se las comían, y les daban una nueva utilidad. Era un juego divertido y hermoso. Luego surgieron los carnívoros que se comían a los animales más indefensos. Y que defendían su territorio, matando a otros de su especie. Y algunos machos a las crías anteriores de sus parejas, para preservar a sus propias crías, con sus propios genes… Y dudó ante su obra. ¿Era buena, aun con aquélla ferocidad necesaria para la supervivencia de las especies y las estirpes genéticas más poderosas?

Yo no sé si era buena, pero Él sí lo supo, porque su sabiduría era la única existente, y por tanto era infinita comparada con cero.

Y de ello surgió su decisión de crear al ser humano, un ser con consciencia de su naturaleza y con capacidad de decisión. Y le puso una prueba. De obediencia.

Aquí, los humanos, creyentes o no, dudan en la interpretación del resultado de la prueba. Unos dicen que el hombre falló a su creador. Otros, que pretendió igualarse a Él. O superarlo. El ser humano podía escoger entre el bien y el mal, y Él, no. El ser humano no era nada o casi nada, por lo que podía hacerse a sí mismo y escoger cómo se hacía. Y Él lo era todo y ya estaba hecho. Irremediablemente hecho. Rodeado de seres infelices que eran su obra. Y si era bueno y sabio, sería infeliz. Había vuelto a perder su felicidad.

Porque esa libertad y esa fragilidad de los humanos eran incompatibles.

Y el ser humano, como un nuevo ángel desterrado, era infeliz. Y solamente Él, Javeh, era el culpable.

Así que decidió redimirse. Y se lo dijo al hombre.

Javeh hizo al hombre
como a su propia imagen
y el hombre fue infeliz
y el hombre miró al cielo
y preguntó ¿Por qué?

Y Javeh lo miró
y se miró a sí mismo
Y Javeh se sintió culpable
de haber creado seres infelices
y decidió redimirse de su culpa.

Y abandonó los cielos
y descendió a la tierra
y sufrió con el hombre y por el hombre
y fue el hombre quien le hizo sufrir. Y morir.
Quien le sintió sufrir y morir.

Y entonces, sólo entonces,
el hombre perdonó a Javeh
y pudo amarlo.

Y, sólo así, Javeh pudo volver al cielo
redimido,

unido por el dolor y por la muerte
a ese pequeño ser
que, hasta ese momento, era sólo su obra
y, desde entonces,
fue su compañero.

Adolfo Celdrán

Tierra de promisión

Mi Amado, las montañas
los valles solitarios, nemorosos.
……..
Porque la esposa duerma más siguro
San Juan de la Cruz.

Y nace la canción pues brota el beso
desde la tierra ciega
hasta la hermosa altura.

Espléndidas las albas,
más dichosas las luces,
más felices los fuegos
en la espuma de un mar.

Se contentan desnudos.
Espadas frente a lirios
dicen su ser de hoy:
inmaculada arcilla,
inmaculados senos
y la tierra sedienta de las aguas.

Juan Vicedo

Tabarca

Rebosa mi corazón
de cantares marineros,
Tabarca, cuando te veo
tendida brillando al sol.

Islita en tecnicolor
de desértica belleza,
que amuralló su cintura
soñando ser fortaleza.

Regazo de gaviotas,
perezosa y orgullosa
de su puerto de juguete
y su playita preciosa.

¡Qué transparentes tus aguas!
¡Qué espuma en tus peñascales
cuando las olas golpean,
y qué azul el de tus cielos
y qué azul el de tus mares!

Rebosa mi corazón
de cantares marineros,
Tabarca, cuando te veo
tendida brillando al sol.

Mª Rosario Mohinelo

Isla de Tabarca

Palabras de agua y buena tierra

El andaluz

Surtidor de agua
que se eleva, suave,
con su melodía continua.

Agua calma de estanque
y fuente en el centro
del patio,
zureo de palomas
que susurran murmullos
misteriosos,

lengua de baile y canto
que revolotea
entre colores vivos
y volantes de nieve y claveles
bajo la luna llena
y en la plaza recóndita
de farolillos colgados,
lengua íntima de barrio blanco
vestido de flores
y rojos geranios.

Andaluz, lengua del jornalero
que espera
una justicia milenaria,
una tierra propia de olivos
y de frutos para todos.
Andaluz de la queja por bulerías,
Andaluz de la pena amarga,
del hambre y la resignación
cantada.

Andaluz, lengua
del Sur, de mezcla
de culturas, de Oriente
y Occidente, de iberos, tartesios,
romanos, visigodos, judíos de silencio
y musulmanes de poesía y luna.

Andaluz, surtidor
que en esta tarde
suenas,
que en esta tarde hablas,
que, a veces, lloras, que, a veces, cantas,
consuélame con tus palabras de buena tierra,
con tus palabras de pan y aceituna,
acógeme en tu permanencia de siglos,
para que repose un corazón errante
en tu “jondo” quejido de siglos, en tu madre agua.

Pilar de Juan

ESA MIRADA INQUIETANTE

Miedo, tengo miedo de esa mirada, de caer a tus pies rendida, agotada sin llegar a tiempo de cogerla y guardarla antes de surgir todo lo que tengo dentro. Me penetra, me desnuda, anula mis pensamientos, forma una escalera de colores que puede cambiarlo todo. La razón se me diluye, salen las emociones y…

Te lo hago saber, soy fácil ante este fuego que me surge de dentro. Mi destino es el encuentro conmigo misma sin que nada me pueda anular, sonreír a la vida y seguir adelante, como si fuese el último aliento, viendo el sol de frente con su calor y energía, recargando mi mente de positividad y alegría.

Demasiado… Esa mirada me pierde, pero me encontraré estoy segura, dominaré la razón soltando emociones, descorchando la botella para que haga explosión, brindando por la amistad, las verdades compartidas y el amor hacia un todo.

Estoy liada con pensamientos encontrados, pero me entiendo, no quiero el paraíso, ni ganar pero tampoco perder; vivir, eso sí, sin límites; de eso se ocupa mi mente, sé lo que quiero y lo que no, sé que no busco pero encuentro, poco, nada, todo. Si encuentro no quiero una persona con la mochila cargada de negatividad porque al final, pesa demasiado y te rompe el alma en pedazos. Quiero alguien que la lleve con poder de elección, amor, risas, libre, con respeto, cosas buenas y malas pero positivas, pudiendo compartirlas a corto o largo plazo; de eso se encarga el tiempo.

Contigo aprendí del pasado pero sin quedarme en él; quiero armonía con el otro ser, como cuerdas de guitarra que suenan al unísono, pero con diferente acorde.

Con tu mirada, aprendí a volar de nuevo, a soñar y coger el momento, apagar o encender esa luz que me llega muy dentro.

Porque el alma es gemela y con viento a favor izaremos velas. La vereda trazada está, sólo la seguiremos con la noche cerrada; una luna estelar se refleja en el agua y con besos de mar acaricio tu cara, me acaricias a mí, con parsimonia y calma y mis dedos se enredan entre tu pelo y tu espalda. Así nos quedamos pues la noche es muy larga… Dormiremos por fin este fin de semana, o cuando llegue el momento, pues la vida se alarga con nuestra mirada…

Vivir no es solo respirar, es soñar, sentir, creer, ver, amar, coger todo lo que sirva de herramienta, para conseguir que los momentos negativos de nuestra vida se puedan transformar.

Y no hago nada… déjame verte pues te noto a faltar; no te he tenido, pero quiero apostar por esta historia y dejar de pensar. Llanto por risa, malo por bueno así hasta el infinito.

Ayúdame a olvidarte si te marchas, pero antes déjame asomarme a tu balcón para notar esa brisa, poder respirar y con estas manos que suspiran, poderte abrazar. Es la noche más larga que deseo en el jardín, con aromas diferentes y en silencio, sin soñarlo, encajando como un puzzle y un solo día o mil. Todo esto me recuerda que sigo aquí viva.

Geles Soria

Simple*mente*

I

Sintiendo tus proximidades
sin que nadie lo note.
Sintiendo que tú sientes
y sintiendo que sientes que yo siento.

Volcándome en mi piel.
Volcándome en tu piel secretamente
y sintiendo cómo te vuelcas tú en la mía
llenándote impregnándome.

Piel y piel y minutos…

Simplemente.

II

Quédate así
No te pongas nada.

No te pongas
ni encantada, ni tierna,
ni sencilla
ni dura
ni ensoñada

No te pongas
de ninguna manera
No te vistas
de ninguna aguaclara
No te cubras

Quédate así
Simplemente desnuda:
recubierta de anhelo
recubierta de aire
recubierta de ti

Y siénteme

Y sonríe.

Adolfo Celdrán
Mención Especial en el I Certamen Literario ***Mario Benedetti (Otoño 2013****)*

Escrito al borde de un instante

Los poetas socuellaminos
somos de indómitas razas
y con estudiadas trazas
ganamos panes y vinos.

Somos inciertos destinos
que en las calles y en las plazas
sin engaños ni añagazas
vamos haciendo caminos.

Y cuando el tiempo nos lleve
dejaremos nuestra huella,
como una ternura leve
que dibujará una estrella
que a nuestro pueblo le debe
nuestra canción; ¡la más bella!

Manuel Parra Pozuelo

Poema escrito por el autor a Juan José Alcolea Jiménez en un acto poético tan fugaz como inolvidable en Alicante, 6.11.2002

Desde un rincón en la memoria. (Tontema)

Jamás a tanto honor Sancho pudiera
por musas ser y amigos elevado,
jamás su torpe andar con tanto agrado
holló de verso y mar playa primera.

Jamás subió su luna a tal cimera,
jamás su corazón tan allegado
de Manchas y Quijotes. Jamás fuera
de orgullo su linaje tan colmado.

Jamás bebió su tierra en tanta hondura,
jamás tan cobijado por su gente,
jamás junto a la mar tanta llanura.

Jamás la noche fue calladamente
tejiendo de amistades su espesura.
¡Jamás tan corto el tiempo y tan urgente!

Juan José Alcolea Jiménez

A toda la gente de Castilla-La Mancha en Alicante, pero especialmente a Manolo Parra y Pilar, su esposa, que abrieron la noche hasta desgarrarla para nuestro solaz y goce.

The lights by the river (*)

You know the world keeps turning, don't you?
It doesn't matter where you've gone.
You can still say all the foolish things you want,
You can still wear that crown.

But don't you see there's something different?
Can't you see there's something wrong?
You can still claim to be a dreamer,
But the queen's been overthrown.

You know the lights are by the river,
And it's in the end when everything takes form.
It's in the end, when you stop breathing,
when nothing matters anymore.

But can't you see that you're not dreaming?
Whether you like it or not
If you stop fighting at this minute
You'll lose the fight you thought you'd won.

So come on, come on, let's fly.
Come on, you know you'll shine.
Come on, although the world is not on your side,
Let's try.

Mar Celdrán Louis

Luces en el río

Sabes que el mundo sigue girando, ¿verdad?
No importa a donde te hayas ido.
Puedes seguir diciendo todas las tonterías que quieras,
puedes seguir llevando esa corona.

¿Pero no ves que hay algo distinto?
¿No te das cuenta de que algo está mal?
Puedes seguir diciendo que eres una soñadora,
pero la reina ha sido destronada.

Sabes que las luces están en el río,
y es al final cuando todo toma forma.
Es al final, cuando dejas de respirar,
cuando ya nada importa.

¿Pero no ves que no estás soñando?
Y, te guste o no,
si dejas de luchar en este momento
perderás la batalla que creías haber ganado.

Así que vamos, vamos, vuela.
Vamos, sabes que brillarás.
Vamos, y aunque el mundo no esté de tu lado,
inténtalo.

Mar Celdrán Louis

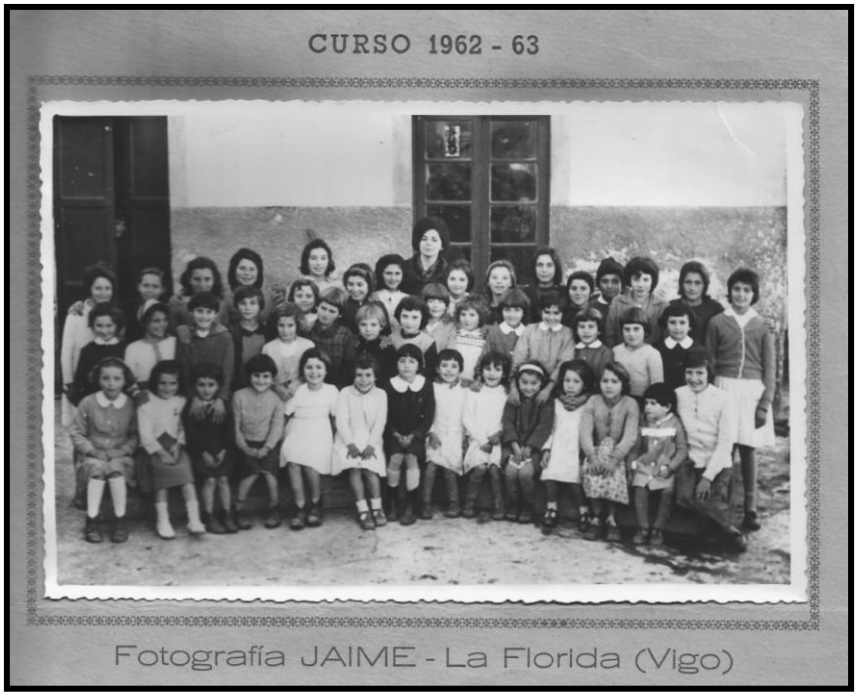
El río Támesis

(*) El poema, escrito en inglés, ha sido traducido al castellano por la propia autora.

MIS PRIMEROS PASOS COMO MAESTRA NACIONAL

De vez en cuando reviso las fotos antiguas, recuerdos que conformaron mi vida, voy pasándolas una a una. Momentos, situaciones, amigos. Con la patina amarillenta del paso de los días, en la satinada poesía del blanco y negro, suspiros y lágrimas encerrados. ¡Cuántos recuerdos! Entre ellas una. La miro y una sonrisa y la añoranza me envuelve: Doña Isabel. Sí, esa que destaca al final con un peinado a lo Bebé, soy yo. Y ese montón de caritas risueñas o serias o pícaras: mis niñas. Pone por detrás que faltaban tres.

La vieja escuela que yo tuve en propiedad, la primera. Su título oficial era "Escuela Pública, Unitaria, niñas. Villadesuso, municipio de Santa María la Real de Oya, provincia de Pontevedra" Esta aldea se extendía en un rincón del océano Atlántico donde las olas azotaban las imponentes rocas del litoral. En las mareas vivas las espumas de las olas llegaban hasta la carretera y otras subían hacia lo alto como si quisiesen tocar las nubes. A veces, en bajamar, se podía andar por la orilla y seguir sus acantilados rebuscando tesoros que habían perdido las olas. Las casas se diseminaban por la falda del monte a Grova con su risco acantilado que desde la altura desafiaba el mar. Pero me desvío del asunto que os traigo hoy a colación. Sí, mi primera escuela. Posan felices las niñas con su maestra: yo. Sí, que pausado era todo, qué lenta y feliz era la vida. No ambicionábamos nada, nada más que lo que iba surgiendo. Me miro a mí misma. Recuerdo lo que encerraba en mi cabeza y en mi corazón. Es una parte que está tan hondamente enterrada que la he olvidado. Por lo menos tengo prohibido el acceso a esa parte de mi vida. Y aún así, fui feliz en aquella escuela. Las gentes del lugar llevaban con resignación las vicisitudes de su existencia.



No deseo cuestionar las circunstancias de la educación en aquellos tiempos. Como veis en la foto la edad iba de los cinco años a los catorce. Nos ayudábamos. Las más espabiladas atendían a las pequeñas. Aún se usaba la enciclopedia y tengo un recuerdo sedante y creador de aquellos días. La maestra era el ejemplo y la adoración de aquellos marineros de mares fuertes y peligrosos que hacían las rutas del Gran Sol. Pasaban meses en el mar. Mujeres solas, mujeres de negro, mujeres espiando el horizonte, las nubes, los vientos. Mujeres de cementerio con sus flores y sus lágrimas por hijos, maridos y padres. Mujeres que frisaban su futuro en el que sus hijas se libraran de aquel yugo. "Doña Isabel, le traigo a mi hija, enséñele bien, si hay suerte a ver si puede tener un oficio y librarse de esta miseria de la tierra y el mar. No la deje hablar gallego para que por lo menos pueda ir a servir a una casa bien de Vigo" Solo una de esas niñas llegó a ganar una beca y con su tesón consiguió ir a la universidad. Era el curso 1962-1963.

Sigo evocando a aquella gente honrada y buena y su cariño. Nunca me sentí tan querida.

Airam Lebasi

Arrullo

Del Romance del Niño Marinero

Sobre el mar sereno y bello,
duerme el niño marinero.
Las olas besan su rostro
desrizando sus cabellos
y le arrullan dulcemente
con maternales desvelos,
mientras el mar, mece suave
su gorrito marinero.

El viento va susurrando,
para que no tenga miedo
una nana melodiosa
que le sumerge en el sueño.

La tarde va declinando.
Llega la noche a la aldea.
En lo alto del firmamento
un lucerito le vela.
Mientras, la luna, muy tenue,
en su cara se refleja.

María Julia San Juan

Los que no tienen memoria

El que no tiene memoria
es que nunca ha vivido
y pasará por la historia
sin sustancia y sin oído.

El que no tiene memoria
es que nunca ha existido.

Trinitario Rodríguez

Pequeña Flor

A mi nieta Aina, alegría de mi vida.

Eres flor de primavera,
la luna de mi cielo,
el ángel que me guía,
la fuente donde bebo,
la flor más preciosa
del jardín de mi sueño,
el sol que me ilumina,
un mar azul sereno,
la brisa marinera
que empuja mi velero,
que navega en calma
hasta llegar a puerto.

José Manuel Mojica

Perversa

El guardián de mi memoria era yo,
pero ella vencía con sus recuerdos;
el primer paso siempre era mío,
y suyo el último con sus complejos.

Si pretendía huir, ahí estaba ella.
Para regresar debía ser yo…
pero me confundía su presencia:
era destructiva nuestra relación.

Admito que me sedujo en el silencio;
reconozco que la odié en la soledad,
¡Cuánto tiempo estuvo el miedo
anulando cruelmente mi voluntad!

Ahora doy yo el último paso,
ella acecha perversa su oportunidad…
de arrastrarme a un terrible pasado
en que no había sueños ni felicidad.

Francisco José Vargas Capilla

LA GATA BENGALÍ

Feliciano se envalentona, guarda silencio, se adentra en los recuerdos de antaño y poquito a poco reproduce lo que tiempo atrás esgrimiera la boca de su vecina:

—Qué hermosa y qué guapa estás, Fernanda —la piropea la tía Panzuda—. Los años no pasan por ese cuerpazo de salubridad que luces —añade a la hija de Peinaburras—. Hay que ver, —recalca—, lo bien que te queda el vestido y qué colores más vivos y joviales traslucen de la tela y de tu cuerpo.

—¿De verdad? —pregunta la ingenua de Fernanda, hija de Peinaburras, algo escasa de luces; aunque de carácter sincero y bonachón.

—Y tan verdad, mujer. No te quepa duda. Las costuras realzan tu figura de tal modo que pareces una presentadora de televisión —concluye la tía Panzuda.

Fernanda, hija de Peinaburras, acoge las palabras de la tía Panzuda con tal contento que gira sobre sí misma, agarra el vestido y lo gira a propósito. La inercia que ella misma provoca en la tela ondea la campana del vestido y se eleva al viento con tanta energía que asemeja a un pajarraco al levantar de vuelo.

Cuando Fernanda desaparece calle arriba, sin embargo.

—Has visto, Juan, —aclara la tía Panzuda a su marido—, qué gorda y asquerosa se ha puesto Fernanda, la de Peinaburras —añade—. A pesar de lo joven que es la zagala hace honor al mote de su padre. Ya lo creo ya, parece una burra embarazada.

—Cómo se le ocurrirá embutirse en un vestido que la envejece cuarenta años y la engorda aún más de lo que ya está.

La Fernanda, mientras tanto, camina más contenta que Anastasia el día que descubrió a su gato Siamés a lomos de la gata Bengalí (gato pardo) de la tía Pepa. La tía Pepa recelaba del olor a macho que desprendía el condenado del Siamés; más feote que Leandro el porquero y más peludo que el sobaco de su vecina, la Anastasia. A su gata parda, por el contrario, le colocaba un lazo rosa alrededor del cuello, le añadía colonia de mujer sobre el pelaje corto y brillante y le adosaba un pequeño cascabel que la felina entonaba a cada paso que daba.

La tía Pepa adoraba a su gata y la conservaba en la pureza de la virginidad para evitarle los trances que ella misma tuviera que soportar en distintos pasajes del pasado. La tía Pepa perdió la virginidad a los cuarenta años con el feote y mal oliente del porquero —ahora o nunca se dijo a sí misma—, se armó de valor y arrastró al porquero hasta las cuadras del ganado donde lo apalancó entre los sacos de la pulpa y el montón de la paja. Aunque con tan mala fortuna que para una vez que emparentaba con algo sabroso y distinto al potaje de garbanzos se quedó embarazada y a consecuencia encontró el rechazó del porquero. Para desasirse del matrimonio y del reconocimiento de paternidad que se le avecinaba, el porquero buscó la confidencia de cuatro testigos —código civil del régimen franquista—. Todos ellos afirmaron ante el juez que habían tenido relaciones consentidas con la tía Pepa para eludir la obligación de paternidad que acechaba al amigo. Además, el porquero añadió en declaración jurada ante las autoridades que jamás dejó embarazada a ninguna de sus cabras y por una vez que lo hizo con su vecina no se iba a comer el marrón de los otros cuatro. El rechazo y las críticas de los convecinos, por el contrario, destrozarían la moral de la tía Pepa que despreciada, deshonrada y embarazada, desearía morir antes que sentirse en boca de todos. En consecuencia, la tía Pepa entraría en una profunda depresión, se tomó un frasco de pastillas y aunque la cogieron a tiempo, le hicieron un lavado de estómago y le salvaron la vida, aquello le provocó el aborto y la pérdida del fruto del porquerizo. Desde entonces odiaba a los machos que ahora idealizaba en los modales del gato Siamés, propiedad de su vecina, la Anastasia. Para evitar al condenado del conquistador, cuando el gato merodeaba por su casa o por las cercanías de su gata le tiraba la zapatilla o lo ahuyentaba entre lances de escoba, resoplidos y maullidos inhumanos. Pese a ello, un descuido es un descuido y… Ya lo decía la madre de Isabel, la del cabrero. Madre e hija se llevaban tan bien que un día se enristraron las dos en los arrumacos y los apretujones del novio de la hija.

Al poco tiempo, sin embargo, le anuncia la madre a la hija que lleva dos faltas seguidas.

—Las faltas de la menstruación no significan embarazo, madre, pueden deberse a una infección esporádica.

—¿Tú crees, hija mía? Mira que si a mi edad y en mi estado de viudez me creciera la barriga y llegara a oídos de las malas lenguas.

—Luis, mi prometido —añade la hija—, bien lo sabe usted, madre, toma el asunto del apareamiento con tanto celo que eriza hasta los vellos más recónditos de nuestros cuerpos.

—Sí, sí hija, sí; y tan en serio que después no hay quien lo aparte.

—Bueno, madre, reconozco que le cuesta evaporarse del cautiverio y persiste hasta el último momento. Sin embargo, y aunque la retirada le disgusta más que morirse de pena, Luis, bien lo sabe usted, suele apartarse a tiempo.

La madre escucha el argumento en la inocencia de la joven hija y veterana en avatares, la informa:

—El veneno de la cosa del hombre, hija mía, aunque no mata engorda y cabalga y se desborda sobre la punta de la grupa.

Los descuidos son de humanos, ya se sabe. También la tía Pepa lo era y un día que salió con prisas para asistir al entierro de un familiar olvidó cerrar la ventana. La gata Bengalí descubrió la abertura y salió más contenta que la hija de Azucena en primavera para coger la primera el columpio del jardín. La gata, además, salió más zalamera que Juana, la del Candelas, cuando se colocaba el picardías transparente para provocar las acometidas de su Ambrosio. El gato de la Anastasia, no obstante, gozaba de un olfato infalible y salió al encuentro de la gata parda con el rabo en alto y la nariz oliscona. Aquello agradó a la gata de la tía Pepa que lejos de huir se arrimó a la pelambrera del siamés y se restregó sobre su lomo. El gato entró en armonía y no lo pensó dos veces, se dio media vuelta y al descuido de la tía Pepa…

Anastasia, por el contrario a su vecina, se complacía con la visión que percibía a través de la ventana y gozaba mucho más con ver a su gato Siamés sobre la grupa de la gata Bengalí de la tía Pepa que cuando ella misma, aunque a escondidas, se sumergía en los apretujones que el pícaro del cartero le propinaba entre las herramientas del trastero; al que semanalmente accedía con la excusa de la firma de una carta certificada o la entrega de un paquete postal urgente de algún familiar lejano.

La hija de Peinaburras, por el contrario, se encontraba tan rellenita por la sustancia de las morcillas de cebolla, las migas de pan y el tocino de la matanza que cuando caminaba por las calles empinadas de la localidad se le rozaban los muslos interiores y le sobrevenían las escoceduras. El sacrificio de las magulladuras por el roce le provocaba la abertura de las piernas. Aunque para evitar males mayores avanzaba de antemano como si ya anduviera herida por las escoceduras de las ingles.

Aun así, los halagos virtuales de la tía Panzuda le calaron tan hondo que ahora caminaba más contenta y con más agilidad que una colegiala en el día de su comunión.

—Pero tú has visto a la Fernanda, Juan —recalca la tía Panzuda a su marido.

—Sí la he visto, sí. La hija de Peinaburras no pasa de zagala pero le pega a las migas y al tocino que no veas. Aunque el caso es que no sé cómo no se dará ella misma cuenta de lo mal que le cae un vestido tan inapropiado para sus carnes.

—Donde no hay agua, Juan —prosigue la tía Panzuda—. Donde no hay agua no se puede sacar —repite—. Por mucho que profundices en el subsuelo de la rambla, tierra, más tierra y topos habrías de encontrar.

—La de Peinaburras, —toma la palabra Juan, su marido—, cree que luce algo bonito y no me cabe duda, en cuerpo noble seguramente lo sería... Sin embargo, mujer mía, creo que en ese cuerpazo que simula a la burra embarazada se aprecia como si fueran las vestiduras de una monja. O igualará el arropamiento de una túnica apropiada para abrigar la grupa del caballo de don Jacinto, más que para exhibir o camuflar la feminidad de una mujer joven y sensual.

—¡Dios bendito y de los malos augurios, Juan! Ni que tú la mirases a ella con malas intenciones.

Agustín Conchilla

Homenaje a Paco de Lucía

La guitarra, la guitarra,
deja un temblor en la esquina,
un aire, un viento, un aliento
que tiembla como poesía.

¿Qué nos dice la guitarra
en el sol del mediodía?
la guitarra de la tarde
la de Paco de Lucía.

La guitarra, su guitarra,
en las noches encendidas,
cuando el misterio infinito
de las cosas entrevistas.
Es la guitarra fantástica,
la de Paco de Lucía.

La guitarra, la guitarra,
que se oye, tiembla o brilla,
que acompañaba la voz
de Camarón de la Isla.

Ahora se queda callada
llora su melancolía,
que en Méjico se me ha muerto
ayer Paco de Lucía,
y ahora tiene su silencio
y el penar de Andalucía.

Ahora en el silencio tiemblan
farolillos y bombillas.
Silencio sí, que no olvido
por mi Paco de Lucía.

Angustia o dolor que llena
los corazones que gritan,
pechos que gritan clamando,
llantos que se precipitan,
soledad ante la muerte,
la de Paco de Lucía.

Hay silencio, que no olvido
que nadie y nadie lo olvida.
La guitarra está en su duelo,
muda ahora, entristecida,
sin las manos musicales
del gran Paco de Lucía.

Francisco Alonso Ruiz

En el acto de presentación del número 29 de nuestra revista, Diego Zambrano, autor de la imagen de su portada y del resto de imágenes que la ilustran, nos obsequió con los versos que incluimos a continuación, reiterando nuestro más sincero agradecimiento.

Saludo

Hoy me encuentro sorprendido
que a las ocho en cuarto en punto
los amigos me esperaban
con un montón de poetas
que forman el grupo Auca.
La revista veintinueve
que me acoge entre sus páginas,
poemas, muchos poemas
y también pintura abstracta
y otros cuadros espaciales
con mundos de la galaxia.
Hoy catorce de septiembre
con mi voz entrecortada
quiero deciros a todos:
¡Gracias, amigos! Auca, gracias
por dejarme asomar
en vuestra revista mágica.

Diego Zambrano

Pequeño memorial para una academia

Un poco de erotismo
nunca viene mal en las salas
de espera de los ferrocarriles,
ni en las aburridas recepciones oficiales,
en donde nada brilla
sino el verbo encendido de los líderes.

Un poco de erotismo, el sacrificio erótico,
el ritual del beso, de la copa encendida,
pueden acompañarnos sin desdoro
y ser parte del día o de la noche,
dejando en el desprecio la sapiencia del dómine
o el perfume encantado de la rosa,
tantas veces cantada por los coros.

Un poco de erotismo, un poco de esa llama
que llevamos prendida y que no retrocede
aunque caigan los años y los días,
en nuestro mar finito, silencioso.

Juan Vicedo

RECORDANDO A BLAS DE OTERO (1)

Conocí a Blas de Otero y a Sabina de la Cruz en 1976, en el Homenaje de los Pueblos de España a Miguel Hernández. Blas me contó que, de mis canciones, su favorita era la adaptación musical del poema de Miguel «Antes del odio»: «Beso soy, sombra con sombra…». Fueron unos días hermosos de poesía y libertad que compartimos. En el 77 Blas lo contaba en la presentación del programa que Televisión Española me dedicó dentro de la serie *Yo canto*:

> Escribo estas líneas bajo un fuerte dolor reumático. Lo digo para justificar su brevedad y, tal vez, la carencia del ímpetu y frescor que debieran tener. El primer poema de Celdrán que escuché fue el de Miguel Hernández que lleva el ritornelo «Sólo por amor». Me hizo una gran impresión y aún hoy, después de haber oído todos sus discos, sigue siendo mi canción preferida. Escuché a Adolfo en persona en el homenaje que la Universidad de Madrid rindió a Miguel Hernández, y pude comprobar el impacto que causaban sus canciones. Luego le acompañé por Alicante, prohibido y vapuleado una y otra vez por la Guardia Civil. Con él visité a Josefina y pasamos junto a ella momentos inolvidables.
> Madrid, Junio 1977
>
> Blas de Otero

Dos años después, en el 79, Blas moría. Y Madrid, y España, prepararon su homenaje. El 19 de julio de ese año cuarenta mil personas llenaban la plaza de toros de las Ventas en un impresionante homenaje. Allí, rodeado de poetas y cantantes, canté su poema «A la inmensa mayoría», una declaración de últimas voluntades, un texto hecho para ese momento. Y también canté, a petición de los organizadores y de Sabina de la Cruz, «Antes del odio», el poema de Miguel que tanto le gustaba a Blas.

Fue una noche inolvidable para cada uno de los cuarenta mil asistentes.

En 2003 la Universidad de Valladolid prepara, para el IV Congreso Internacional de la Lengua, un cedé en el que 20 cantantes cantamos a 20 poetas. Se titula Poesía necesaria con su música. Se me pide que sea yo el que ponga música y voz a Blas. Y escojo y grabo ese poema que canté en las Ventas.

El disco comienza con Paco Ibáñez, que canta el poema de Celaya «La poesía es un arma cargada de futuro», y se cierra con Blas, cantado por mí. Entre los dos están Miguel Hernández, los Machado, Salinas, Lorca, Alberti, Hierro, Juan Ramón, Cernuda, etc., cantados por Serrat, María Dolores Pradera, Amancio Prada, Rosa León, Alberto Cortés, Ismael Serrano, Joaquín Díaz, etc.

El congreso será en noviembre, pero la presentación del cedé, producido por la Universidad, la Diputación de Valladolid y la Junta de Castilla y León, se adelanta precipitadamente al 18 de marzo. ¿Razones? «Organizativas», decían. Al día siguiente, 19, era fiesta. Lo sabíamos. Lo que no sabíamos, y ellos sí, es que al otro, era guerra. El 20 de marzo de 2003 comienza la guerra de Irak. Y este poema y esta canción parecían hechos especialmente contra ella. Contra todas las guerras. Es lo que pasa con los grandes poetas: trascienden su tiempo.

Recitaré, primero, el poema, y luego oiréis su grabación musicada. Gracias. (2)

Adolfo Celdrán

1) Palabras leídas en la Presentación de la Obra completa de Blas de Otero el 8 de noviembre de 2013 en la Sede de la Universidad de Alicante, dentro de los actos organizados por el Centro de Estudios Iberoamericanos Mario Benedetti (Facultad de Filosofía y Letras U. A.), Comisión Cívica de Alicante para la Recuperación de la Memoria Histórica y Asociación Literaria Auca de las Letras, con la colaboración de la citada Sede, situada en la misma ciudad de Alicante, Ramón y Cajal, 4. Tras la sesión de la mañana en el Centro Mario Benedetti, tuvo lugar un segundo acto de presentación con la intervención de Manuel Parra Pozuelo, Mario Hernández y Adolfo Celdrán en la Sede de la Universidad. Las palabras de Blas de Otero, inéditas, fueron leídas en este momento, dentro del homenaje de Celdrán, que ha cedido amablemente su texto y original oteriano para su reproducción en Ancia. (Nota de Mario Hdez.)

2) El texto se publica conjuntamente en la revista digital ANCIA y en esta revista.

Andalucía

Andalucía la bella,
vecina de la manchega,
las dos llevareis la huella
de una actividad labriega.

Y como buenas vecinas
haréis sonreír al sol,
a las sombrías encinas
y al sombrío girasol.

Vosotras que sois el viento
que ha surgido de la nada,
y sois el firme cimiento
de una nación arrasada,

que no la hizo el tirano,
que fue hecha con el sudor
salino del pueblo llano
patriota y trabajador.

Hombres de rígido acero
y mujeres de ancha planta,
los dos lleváis un jilguero
de aceituna en la garganta.

Y como pueblos altivos
que sois hace muchos años,
luz le dais a los olivos,
al trigal y a los castaños.

El cacique os puso a prueba
años sin comida alguna,
pero por mucho que llueva
nunca queda una aceituna

sin recoger con las manos
lechales de vuestros hijos,
en los fríos altiplanos,
nevados y en los cortijos.

Y entre la nieve caída
el olivar pudo ver
una mano agradecida
que les daba de comer.

Era la mano de un santo
que se descolgó del cielo
para mitigar el llanto
de estos pueblos sin consuelo.

El llanto que todavía
no cesa un solo momento
en la triste Andalucía,
la tierra del sufrimiento.

Pudiera ser Jesucristo
el de la mano grandiosa,
pero aquí nadie lo ha visto
porque hay demasiada broza,

demasiados usureros,
caciques explotadores
que explotan a los jilgueros
y a los nobles ruiseñores.

Jornaleros de Bailén,
agricultores altivos
¡decidme vosotros quién
os ha mantenido vivos!

Estáis por las leches bravas
que vuestras madres os dieron,
trabajando como esclavas
y en la esclavitud murieron

en esta cárcel de España
que más que una cárcel es
una inmensa telaraña
que te tira de los pies

hacia una profunda fosa
que después será tapada
con la tierra generosa
que a vosotros fue robada.

Por vosotros lucho y vivo
hasta que fuerzas me queden,
sobre mi planta de olivo
y al cementerio me lleven

con mis dos pies por delante
en un estuche de pino,
más solidario que un guante
y más tieso que un pepino.

Reacciona ya tierra altiva,
no permitas que el señor
se haga rico con tu oliva
y el sudor de un ruiseñor

de esta joya adolescente,
de esta hambrienta criatura
que bajo su planta siente
la voz de la sepultura,

mientras con frio recoge
la oliva que está en el suelo,
antes que caiga y la moje
la lluvia caída del cielo.

Porque no hay retorno alguno
para estos críos que van,
al olivar en ayuno
y soñando con un pan.

Nacen en un paraíso
y mueren en la pobreza,
en un viejo cobertizo
y encima de la corteza

de la madre que los cría,
que los pare y alimenta
con leche de chirivía,
de aceituna y los alienta.

A estas criaturas nobles
que no cesan de cantar,
erguidos como los robles
en el sombrío olivar.

Espero que pronto acabe
esta horrible situación,
y que una tormenta lave
las penas del corazón

de esta gente adolescente,
de estos críos sin futuro
que tienen clara la frente
pero el porvenir oscuro.

Llegan con la etiqueta
sin saber qué les espera,
nada más dejar la teta
el olivar y la era.

Son presa de la pobreza
del cacique que les tiene
reducida la cabeza
¡de esta forma se entretiene!

porque nunca hizo otra cosa
que es explotar sin piedad
a esta gente fabulosa
que muchos son de mi edad.

¿Quién goza viendo sufrir?
y qué estalactita fría
disfruta viendo morir
los pobres de Andalucía.

¿Si no es Dios quien los suplanta?
¿Quién se le pone delante,
y ocupa su santa planta
para sentirse importante?

¡Es el cacique malvado!,
el que ni ama ni siente
y que tiene subyugado
al pueblo de mi simiente,

a esta gente que es la mía
y que tienen que vivir,
como pueden cada día
en todo el Guadalquivir.

Vosotros sois la esperanza
que para España yo quiero,
pueblos de la sangre mansa
y de corazón sincero.

Levántate pueblo llano,
gente de mi misma leche
no vaya ser que un tirano
de nuestra tierra nos eche.

Trinitario Rodríguez

DESPUÉS DEL CÁLIZ

El cáliz del amor nos ha colmado.
Puedo reír entre los brazos
que sellan el cofre de mi cintura.
¡Tan inmenso gozo nos baña!
Nos amamos en un cofre de joyas
alejados del mundo ahíto de dolor
deleitosos aún los labios y las manos.

¿Cuántos hombres no han hallado hoy
un mínimo sustento, una caricia? –te pregunto-
¿Qué niños han sido hoy maltratados
cuántos hechos presos, cuántos torturados?
Lo digo ya en voz baja, susurro
deslizándose en la cima de tu pecho
porque me aprietas contra tu hombro
y besas mis ojos y mis manos.
¿Son puros los objetos que tocamos,
los gestos que hacemos,
las palabras que hablamos?

Ciegas mi voz con el silencio del aliento
tu frente sobre mi frente late
y una lágrima muda recién nacida
desciende de tu rostro a mi mejilla
y tengo que lamer sobre el fanal de tu carne
ese objeto puro que es lágrima
ese gesto puro que es llanto callado
llanto de criatura humana.

Mercedes Rodríguez García-Olías

Miguel Hernández, Juan Mederos y Vicente Aleixandre, en una edición de Eugenio Padorno

JUAN MEDEROS

POESÍA COMPLETA

(ELEGIA A MIGUEL HERNANDEZ, POESIAS y otros textos inéditos)

Con una carta de VICENTE ALEIXANDRE

Edición de Eugenio Padorno

1991

ALEGRANZA

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

En 1991, gracias a una oportuna y meritoria edición de Eugenio Padorno (1) reapareció la Elegía a Miguel Hernández de Juan Mederos, que ya había sido publicada en 1946 en la colección Cuadernos de Poesía y Crítica (2). Es preciso indicar que en la poesía canaria de este tiempo y de años posteriores son frecuentes las elogiosas referencias a la vida y la obra de Miguel, aunque, a nuestro juicio, la de Juan Mederos tiene el mérito de ser una de las primeras y de las de más calidad.

José Luis Gallardo (1927- 2003), escritor y crítico literario natural de Las Palmas, coetáneo y amigo de juventud de Juan Mederos, en una ponencia titulada *Comentario a la obra de un poeta olvidado: Juan Mederos*, que forma parte de un volumen del Primer Congreso de Poesía Canaria, incluye un muy completo retrato del autor de la elegía que comentamos y nos da cuenta de su carácter, sus ideas estéticas y las que eran sus juveniles inquietudes, considerando que su ausencia en la Antología Cercada, es una presencia por omisión. José Luis Gallardo justifica su aserto, dado que Juan Mederos, nacido en 1926, era incluso más joven que los poetas incluidos en la Antología Cercada, cuyas fechas de nacimiento estaban comprendidas entre 1917 y 1922, y temática y estilísticamente era perfectamente compatible con los supuestos de los que la integraron. Lo cierto es que, según José Luis Gallardo, Juan Mederos escribió el poema dedicado a Miguel Hernández cuando tenía 16 años, es decir, en 1942 o 1943, y es , por tanto, una de las primeras elegías escrita y publicada en el estado español en memoria del genial poeta de Orihuela, puesto que los poetas exiliados desde que tuvieron noticia de su muerte, que , como es sabido, tuvo lugar el 28 de marzo de 1942, escribieron muchos poemas en su honor y llevaron a cabo numerosos homenajes y actos memorialísticos en su recuerdo; en este sentido, junto a Antonio Machado y Federico García Lorca, pronto constituyó la triada de poetas mártires del antifranquismo. Manuel Aznar Soler, exhaustivo conocedor de las actividades culturales y literarias del exilio republicano, ha dado cuenta de ellas en varios de sus trabajos (3).

Como una cuestión previa a nuestro comentario a la elegía, nos parece oportuno señalar que cuando Juan Mederos la escribió su conocimiento de la obra de Miguel Hernández no iba más allá de El rayo que no cesa, y su deseo de ver publicada la que denomina Obra completa, es ya un indicio evidente de este desconocimiento, que debió trasmitir a Vicente Aleixandre, dando lugar a la respuesta que incluye en la carta con la que agradece el envió de la elegía, en la que le dice: "la viuda desea publicar una Antología de su obra, con poemas inéditos incluidos"(4). En cuanto, a la relación de las numerosas elegías a Miguel Hernández, publicadas con posterioridad a la de Juan Mederos, es aconsejable la lectura de Elegías últimas a Miguel Hernández, Poesía desde Canarias, editado en el año 2010, por la Fundación Canaria 2021. La elegía de Juan Mederos se estructura en cuatro fragmentos que Eugenio Padorno denomina secciones: la primera integrada por 37 versos (11 tercetos y un cuarteto), la segunda por 27 versos (9 tercetos), la tercera por 54 versos (17 tercetos y un cuarteto) y la cuarta, cuyos 36 versos son alejandrinos, distribuida en siete núcleos estróficos de desigual número de versos con rima ocasional.

En la primera parte, los tercetos están inmersos en una actividad designada por la forma verbal "busco", que en esta primera sección aparece en nueve ocasiones, presentando una relativa semejanza con el contenido de la elegía a Ramón Sijé, en la que, como es sabido, Miguel Hernández expresa su deseo de alcanzar el cadáver de su amigo diciendo: "Quiero minar la tierra hasta encontrarte". No cabe duda que el apasionado deseo de

aproximarse a los restos de Miguel es el motivo central de este fragmento de la elegía, sirviendo, a nuestro entender, como introducción de la composición.

En la que Eugenio Padorno denomina, en su edición, segunda sección, la voz del protagonista de la Elegía es definida y caracterizada, en la situación en la que se encuentra en ese momento e incidiendo en lugar desde el que ha llegado hasta Juan Mederos, se afirma con verdad y belleza: "Arriba con la sombra de tu aroma/ aroma y voz, de ti, desde el olvido" .En una alusión a la ausencia de repercusión de la vida y la obra de Miguel Hernández, ignorada o prohibida por el régimen franquista, sobre todo en los poemas dedicados a la defensa de la República. En el último verso de esta sección, cuando el autor de la Elegía afirma que la voz del malogrado poeta es "Inatendida voz de llanto adusto", se explicita la caracterización de perseguida e ignorada que se le asigna. Aludiendo, sin duda, a la real y concreta prohibición de una parte importante de la obra de Miguel Hernández.

Sin embargo, tal como se refleja en la tercera sección, la que ha sido caracterizada, como inatendida voz, nadie ni nada logra detenerla y la voz de Miguel "vuela en la muerte como un ave", Juan Mederos, adoptando una postura solidaria con el poeta, lo acompaña en su vuelo y, a pesar de todo, su inatendida voz, es, según se afirma: "abolida voz que clama", puesto que nada ni nadie conseguirá que deje de clamar.

El carácter conclusivo y final de la cuarta sección, se expresa muy adecuadamente en los versos alejandrinos que la constituyen, en los que se refleja la situación de la tumba del poeta, alrededor de la cual se han congregado los hombres, y es precisamente allí donde descubren la magnitud de su muerte, donde escuchan el clamor de la tierra que la lamenta y, sin olvido posible, se eleva hasta ser "muerte veloz de pájaro".

Quizá sea esta la primera elegía escrita y publicada en el Estado Español tras la muerte de Miguel Hernández y es, sin duda, una de las más sentidas, y su rescate y publicación por Eugenio Padorno ha contribuido a un más completo y exacto conocimiento de la repercusión de la obra de Miguel en la creación lírica en lengua castellana, y por otra parte al acompañarla con la interesante carta de Vicente Aleixandre, clarifica y descubre los caminos por los que, durante aquellos años, tan difíciles y oscuros, transitaba la poesía en los territorios de la España insular y peninsular.

Manuel Parra Pozuelo

NOTAS:

1. Mederos, Juan, Poesía completa, con una carta de Vicente Aleixandre, Alegranza, Crítica, Las Palmas de Gran Canaria, 1991.
2. Mederos, Juan, Elegía a Miguel Hernández, Cuadernos de Poesía y Crítica, Tipografía Alzola, Las Palmas, 1946.
3. Aznar Soler, Manuel, Algunos homenajes a Miguel Hernández en el exilio español en 1943, en La sombra vencida, Madrid, La sociedad estatal de conmemoraciones culturales, 2010, y Aznar Soler, Manuel, Miguel Hernández, III. Congreso Internacional, Volumen I, Instituto Alicantino de Cultura, 2012, pp.145-163.
4. Mederos, Juan, Obra citada, p.11.

NOTICIAS AUCANAS

Siempre en el escogido y selecto grupo de los irreductibles se encontraba Enrique, nuestro amigo **ENRIQUE CERDÁN TATO**

Enrique siempre estuvo con todos aquellos que la piedad y la justicia reivindicaban. Por eso la memoria de Enrique no será abolida jamás, su recuerdo nos ilumina y nos animará siempre para ser aquel rayo de luz que en la lucha nunca dejará vencida la sombra.

Nuestra compañera Julia Díaz, le dedica un poema.

Manuel Parra Pozuelo

Si no se considera una ligereza me gustaría recordar, aunque vagamente, aquellas palabras de Alberto Cortez: "Cuando un amigo se va, algo se pierde en el alma". Esto nos ha ocurrido con **FÉLIX GRANDE**, que era una maravillosa conjunción de compromiso cívico, poesía no adscrita a ningún movimiento de la época, flamencología y trabajo ensayístico. Autodidacta y pobre –empezó siendo cabrero en Tomelloso-, recibió el premio Adonais hacia 1967 y después fueron viniendo otros muchos y muy importantes, sustentados por la fuerza de su palabra y la originalidad de su composición. Lo avalaron sus lectores de poesía, prosa, relatos y su empeño en demostrar lo que nos dejo escrito: "Caeré diciendo que era hermosa la vida…" Y así ha sido: rodeado de los suyos y casi en silencio se nos ha ido Félix Grande, en este mes de febrero lleno de crueldad, que se ha ensañado con los más grandes. También con Paco de Lucía, con el que Félix compartió afanes e ideas.

Juan Vicedo

Nuestro compañero **MANUEL PARRA POZUELO**, ha sido recientemente galardonado con el Premio "Ramiro Muñoz" que se concede a quienes se distinguen por su labor cotidiana en defensa de la Enseñanza Pública.

En lo que se refiere a Manuel Parra, esta es una faceta más de su dedicación no solamente a la creación literaria, sino también al activismo sindical durante toda su vida.

El Acto de la entrega del merecido premio se celebró en los locales de Comisiones Obreras.

Ha dejado de sonar la guitarra de un andaluz universal y magnífico artista: **PACO DE LUCÍA**. A los 66 años ha fallecido en la ciudad de México.

Paco de Lucía ha sido, es y será siempre un señero ejemplo de dedicación, magisterio y genuino amor a la música que por siempre permanecerá en nuestra memoria.

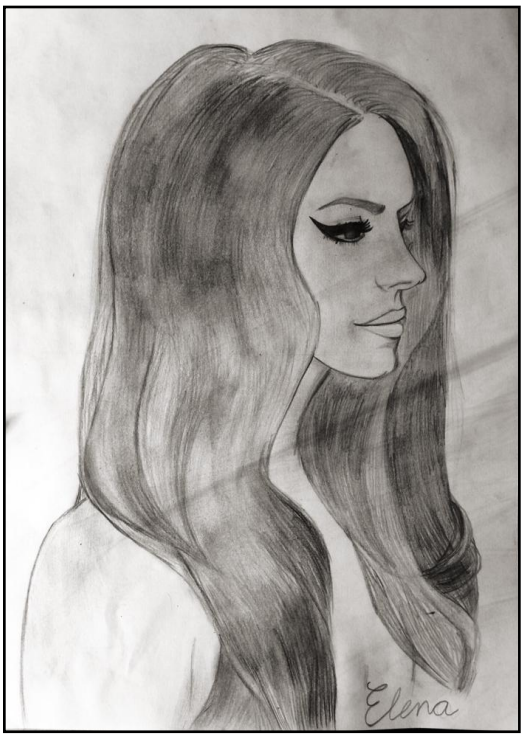
Francisco Alonso Ruiz en este número, le dedica un poema.

El rincón del artista cachorro
Elena Fraile Martínez

¿Quién no palpitaría leyendo el poema de Elena Fraile? que con sólo 16 años, se atreve a ser ferozmente tierna, a desgranar lo que le importa y lo que no le importa. No le falta arrojo y contundencia. Cada verso un pensamiento…. una piedra arrojada al mar creando mil ondas, y luego, punto… y sigue porque le toca, porque está jugando con las palabras precisas, elementales, definitivas, nominativos puros y vitales; sin nada más, en cueros, sin añadir un adjetivo que las envuelva, o las arrope.

Cuando en su correo me dice: "Escribir me hace evadirme de todo. Cuando escribo soy yo. Yo con mis ideas. Mis palabras y yo. Tengo 16 años, tal vez sea un poco pequeña para decir que escribir forma parte de mi vida. Pero yo puedo decirlo porque lo es, porque soy joven, pero vivo de constantes experiencias", el corazón me late de alegría, al reconocer tan limpiamente a una poeta… que además ama la pintura y la música. Una artista completa.

De yo a tú. Para nosotros



No importa si tú tienes tus razones y yo las mías.
No importa si tú afirmas y yo niego y vuelvo a negar.
Si piensas en negro y yo digo blanco.
Si tú bajas y yo subo. Si tú subes y yo bajo.
No importa si tienes calor y yo frío.
No importa que estemos o no de acuerdo.
Tampoco importa si olvidas mis palabras
porque solo te centras en mis labios moviéndose.
No importa si me imaginas, si me creas, si me estudias,
si me guías o si me pierdes.
No importa que me rompas en mil pedazos
si luego sabes reconstruirme.
No. No importa la honestidad.
No importa la fidelidad, ni el respeto, ni la libertad.
Tampoco importa la dulzura.
No importa el sexo.
No importan los besos siquiera.
No importa nada.
Solo importa que "algo" pase entre nosotros.
Y que ese "algo" nos una.

Elena Fraile Martínez

Asociación Cultural
AUCA de las Letras